

SERVICIO SECRETO

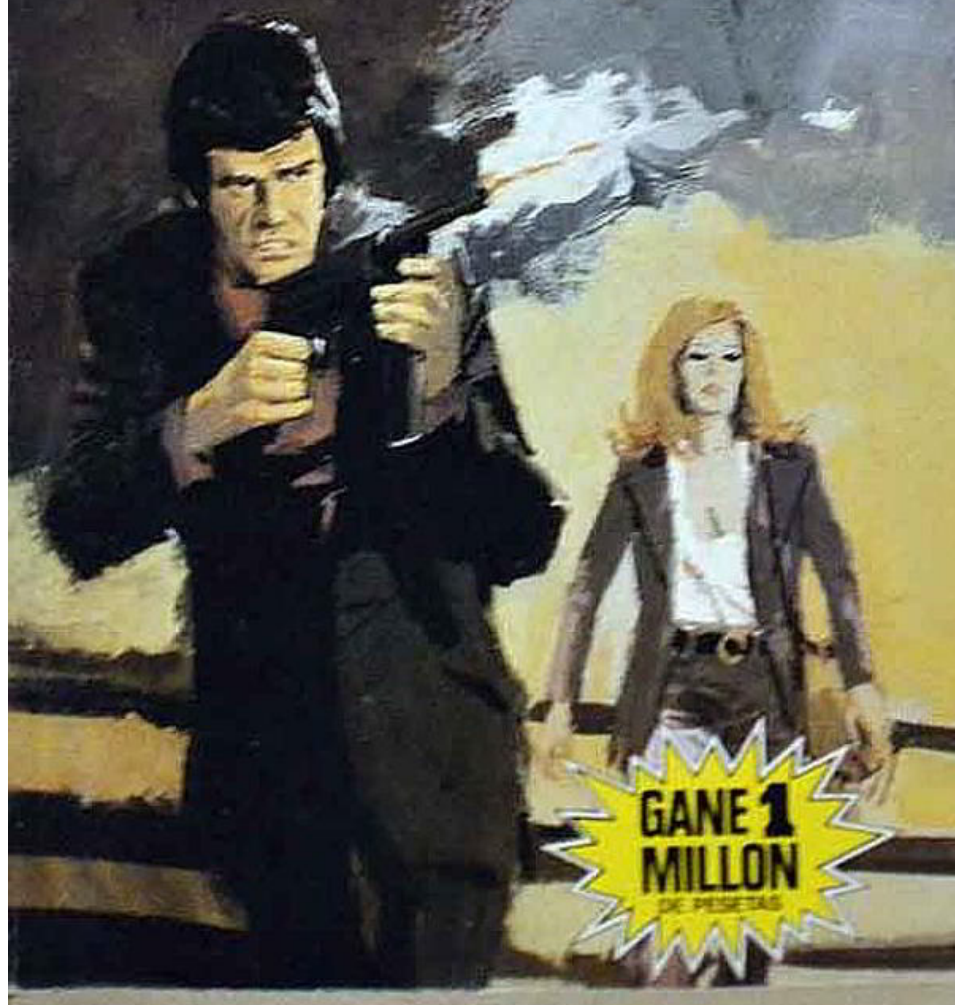
**BRU  
GUE  
RA**

BOLSILIBROS

**T** POLICIACO

**OPERACION  
"TAM-TAM"**

**Clark  
Carrados**



El hombre estaba muy nervioso. Esperaba una visita y conocía sobradamente los motivos de la misma.

El nerviosismo de Roy Prather tenía, además, otros motivos. Estaba arruinado y buena parte de su ruina era culpa de la persona que iba a visitarle.

La situación de Prather había llegado a un punto crítico. Puesto que se consideraba perdido, se dijo que, al menos, el causante de su ruina iba a pagarlo muy caro.

No le importaban las consecuencias. Hacía tiempo que, decidido a todo, se había preparado adecuadamente. Tenía todo dispuesto y, apenas llegase el visitante, haría lo que había pensado muy detenidamente en los últimos tiempos.



Clark Carrados

# Operación Tam-Tam

**Bolsilibros - Servicio Secreto - 1782**

ePub r1.1

Lds 11.03.19

Título original: *Operación*

*Tam-Tam*

Clark Carrados, 1985

Cubierta: Lozano

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO  
SECRETO**



## CAPÍTULO PRIMERO

El hombre estaba muy nervioso. Esperaba una visita y conocía sobradamente los motivos de la misma.

El nerviosismo de Roy Prather tenía, además, otros motivos. Estaba arruinado y buena parte de su ruina era culpa de la persona que iba a visitarle.

La situación de Prather había llegado a un punto crítico. Puesto que se consideraba perdido, se dijo que, al menos, el causante de su ruina iba a pagarlo muy caro.

No le importaban las consecuencias. Hacía tiempo que, decidido a todo, se había preparado adecuadamente. Tenía todo dispuesto y, apenas llegase el visitante, haría lo que había pensado muy detenidamente en los últimos tiempos.

Aquél llegó al atardecer. Era un sujeto de hombros macizos, rostro estólido y mirada poco amistosa.

—Buenas tardes, señor Prather.

—Hola —rezongó el aludido secamente.

—Supongo que se imagina a qué he venido —insinuó el otro.

—Sí, claro, aunque no le esperaba tan pronto...

—Es el día y la hora convenidos. ¿Le falla la memoria? —preguntó el visitante con acento irónico.

—Oh, no, por supuesto; sólo me he descuidado un poco...  
Aguarde un momento, ¿quiere?

—Claro.

El visitante se apoyó en el mostrador de la tienda con aire negligente. Prather fue al interior y estuvo allí unos segundos. Luego, de pronto, se asomó a la puerta que comunicaba con la tienda.

—Por favor, ¿quiere venir? —llamó.

El hombre se enderezó y caminó pausadamente hacia la puerta. Prather se había retirado al interior.

—Cierre, por favor.

El visitante se volvió un momento para cerrar la puerta. Al girarse de nuevo, se encontró súbitamente frente a una escopeta de dos cañones, cuyas bocas se hallaban a menos de un metro de su cara.

—¡Eh! ¿Qué diablos pretende? —aulló, a la vez que, desesperadamente, trataba de sacar el revólver que tenía bajo la chaqueta.

Fue demasiado lento para Prather.

—¡Al infierno, bastardo! —rugió el dueño de la tienda.

La doble descarga voló literalmente la cabeza del visitante, quien se desplomó al suelo como un tronco cortado por el hacha del leñador. La estancia retembló con el trueno de los disparos.

Prather no perdió más tiempo. Tiró la escopeta a un lado, agarró el maletín que tenía preparado sobre una mesa y corrió hacia la salida posterior del local.

Fuera tenía el coche. Arrojó el maletín al asiento posterior, saltó al volante, dio al contacto y arrancó a toda velocidad.

Estaba ya muy lejos de Holbertown cuando se descubrió lo ocurrido.

\* \* \*

Sentado en la acera, tocaba la flauta sin hacer caso de las miradas que le dirigían los transeúntes. Era un hombre joven, de no más de treinta años, de cabellos oscuros y rostro agradablemente feo. Cuando estaba en pie, se veía que no medía mucho más de un metro setenta, pero tenía unos hombros anchísimos y bajo las ropas holgadas que vestía habitualmente, se adivinaba una musculatura excepcional.

Al sonreír, Norman Parry resultaba enormemente atractivo para las mujeres de toda edad y condición. Parry no solía aprovecharse de sus encantos varoniles sin discriminación, pero si la ocasión le interesaba, no la dejaba pasar de largo.

Una mujer se paró de pronto frente a él y le contempló con curiosidad. Era alta, exquisitamente formada, de cabellos rubios,

muy bien peinados y ojos intensamente azules. Vestía con singular elegancia, sin notas estridentes en su indumentaria, lo que le confería aún más atractivo. El flautista no dejó de percibir el tenue perfume que emanaba de aquella hermosa joven que, calculó, no tenía más de veinticinco años.

Parry continuó tocando. Ella parecía escuchar muy complacida. Cuando terminó la pieza, comentó:

—Es una melodía preciosa. Nunca la había oído hasta ahora y, modestia aparte, me precio de conocer un poco la buena música. ¿Puede decirme su título?

—*El Flautista de Hamelin*, señora —contestó Parry, a la vez que se ponía en pie.

—¿Quién es su autor?

—Yo, señora. ¿Le ha gustado?

Ingrid Rockfort sonrió.

—En Holbertown no hay ratas —dijo.

—Algunas sí, de dos patas, claro —rió Parry—. Celebro que le haya gustado, señora.

—Sí, me ha gustado muchísimo. —Ingrid abrió su bolso, sacó un billete de cinco dólares y se lo entregó al flautista—. Me gustaría darle algo más, pero no llevo suficiente en este momento...

Parry sonrió mientras se guardaba el billete.

—Mil gracias, señora. Que el Señor la colme de bendiciones y que su marido la ame siempre y sus hijos crezcan fuertes y sanos.

Ingrid se echó a reír.

—Eso tardará todavía un poco. Soy soltera —contestó—. Adiós, señor flautista.

—Marcaré este día con piedra blanca —anunció Parry.

Ella se alejó y, a los pocos momentos, Parry volvió a tocar la flauta. Pero, apenas había empezado, algo cayó en el suelo, junto a sus pies.

Parecía una moneda, pero estaba pintada de verde. Parry se inclinó, recogió el disco y se lo echó al bolsillo. Luego giró hacia su derecha, caminó unos pasos y penetró en una casa.

Momentos después se abrió la puerta de un apartamento.

Una hermosa mujer, espectacularmente ataviada con un peinador negro, muy transparente, le dedicó una cálida sonrisa.

—He recibido el disco verde —dijo Parry.

Ella alargó una mano y tiró del joven hacia dentro.

—No habré disco rojo en veinticuatro horas —sonrió.

—Me parece demasiado tiempo...

—A mí me parecerá un soplo —declaró ella ardientemente.

Parry se dejó abrazar. Ella le gustaba muchísimo, pero ni en soñación iba a pasarse a su lado las veinticuatro horas anunciadas.

\* \* \*

Las letras de neón en un suave tono azul componían el nombre de la tienda de modas:

ROCKFORT'S.

Las tres dependientas se habían ido ya y la dueña se disponía a cerrar.

Dos hombres entraron en aquel instante. Ingrid Rockfort estaba terminando de hacer unas cuentas y levantó la vista al percibir el ruido de la puerta.

—Caballeros... —dijo educadamente.

Los dos hombres pasearon la vista por el interior de la tienda.

—Unos vestidos muy hermosos —ponderó uno de ellos.

—La lencería es cosa buena —calificó el otro.

—Ropa cara... da muchos beneficios, ¿no es cierto, señora?

Ingrid empezó a sospechar algo nada agradable.

—He cerrado ya. No despacho al público.

—No hemos venido a comprar, señora —manifestó el primero que había hablado—. Sólo queremos decirle una cosa. Anda, tú, ya sabes lo que tienes que hacer —indicó a su compañero.

El otro sacó un frasquito de vidrio del bolsillo y se acercó a uno de los vestidos expuestos en el escaparate. Éste se podía ocultar mediante unas cortinas que se accionaban automáticamente desde el interior, y el sujeto las hizo correr en el acto.

Un hombre pasaba por allí en aquel momento y la vista de las cortinas moviéndose llamó su atención, lo que le hizo volver la cabeza instintivamente. Y antes de que las cortinas se cerrasen, acertó a ver a Ingrid en compañía de un sujeto de aspecto poco recomendable, pese a sus ropas de pretendida elegancia.

El hombre que había descorrido las cortinas, destapó el frasco y vertió su contenido sobre el vestido, que empezó a humear de

inmediato. Ingrid lanzó un grito de rabia.

—¡Lo están destrozando!

—Exacto —dijo el primero—. Y, por hoy, sólo le quemamos un vestido, pero podría perder todas las existencias si no hace lo que le vamos a decir.

Tranquilamente, sacó un sobre y lo depositó sobre el mostrador.

—El día primero de mes, pondrá aquí, en este sobre, que ya está franqueado y tiene escrita la dirección, un billete de mil dólares. Esto lo hará a las nueve en punto de la mañana e inmediatamente, lo echará al correo, para que salga antes de mediodía.

Tendrá solamente cuarenta y ocho horas de plazo; si durante este tiempo no ha llegado el sobre a su destino, recibirá una visita cuando menos lo espere y perderá todas sus existencias.

—Y si aun así se niega, podrían caerle en la cara algunas gotas de este líquido nada favorecedor —añadió el otro, mientras, perversamente, sacudía el frasco sobre las prendas íntimas expuestas en el suelo del escaparate.

Las lágrimas empezaron a fluir por las mejillas de Ingrid. Sabíase impotente, sabía que iba a ser objeto de una extorsión de la que no se podría librar, y ello le hacía sentir una rabia interna que la llenaba de congoja.

—Cada fin de mes, pasará un amigo a entregarle el sobre —continuo el primero—. Es decir, vendrá el último día, para que al siguiente envíe el dinero. No se descuide en obedecer nuestras instrucciones o será peor para usted. Y recuerde: un billete de mil dólares. Vámonos, tú.

Los dos sujetos se marcharon, dejando a Ingrid abrumada y desolada. Sabía que no podía oponerse y que tendría que hacer lo que le habían ordenado. Pero ¿no había alguna manera de evitar aquella ultrajante situación?

\* \* \*

La puerta de la *boutique* se abrió lentamente y un hombre asomó la cabeza. Ingrid, preocupada por lo ocurrido, no se dio cuenta hasta que oyó su voz en tonos joviales:

—¡Caramba, qué tienda tan elegante!

Ingrid levantó la vista y se esforzó por sonreír.

—El flautista —dijo.

Parry avanzó un poco más.

—Pasaba casualmente por aquí y me llamó la atención verla... No sabía que fuese la dueña de un negocio de ropa para señora... ¡Eh! —exclamó de pronto—. Aquí huele muy mal... y eso no parece lógico en un lugar como éste.

El olor de la tela abrasada por el líquido corrosivo persistía todavía. Parry miró a todas partes y, de pronto, vio el vestido hecho una ruina y otras prendas con algunas manchas, procedentes de las escurriduras del frasco.

Luego fijó la vista en la cara de Ingrid y vio en ella todavía huellas de sus lágrimas.

—A usted le ha sucedido algo poco agradable —adivinó—. ¿Puedo ayudarla?

Ella sacudió la cabeza desalentadamente.

—Temo que no —contestó—. Nadie puede hacer nada por mí.

Parry frunció el ceño. Acercándose al escaparate, rozó con las yemas de los dedos el fino tejido que se deshacía literalmente al tocarlo.

—Vitriolo —adivinó—. ¿Por qué?

De pronto, recordó a los dos hombres que había visto a través del escaparate y creyó comprender.

—Extorsión, ¿verdad?

Ingrid asintió. Parry se acercó al mostrador y contempló el sobre alargado, con su sello de correos y la dirección escrita en el anverso, con caracteres de imprenta.

—Deseo ayudarla —manifestó—. Por cierto, mi nombre es Parry, Norman Parry...

—Ingrid Rockfort —respondió la joven—. ¿Cómo está, señor Parry?

—Encantado de verla otra vez, pero desagradablemente impresionado por lo que está sucediendo aquí, señorita Rockfort. Soy sincero; quiero ayudarla y ver de remediar esta situación que, supongo, no puede ser puesta en conocimiento de la Policía. ¿Me equivoco?

—Acierta —contestó Ingrid—. El problema es de mil dólares al mes.

Parry silbó.

—No se quedan cortos pidiendo. ¿Puede soportar su negocio esa... «contribución»?

—Sí, pero entonces mis ganancias serían mínimas... Me establecí hace seis meses... Todos los modelos son originales míos y empiezo a tener una clientela muy selecta... Podría llegar muy alto, pero en estas condiciones, no sé si será posible...

—Veamos —dijo él—. Le piden mil dólares.

—Cada día de primero de mes tendré que poner un billete de mil en este sobre o en otro que me entregará un individuo que vendrá la víspera. Echaré la carta al correo a las nueve de la mañana, a fin de que salga antes de mediodía. Dispondré de cuarenta y ocho horas de plazo para obedecer esta orden; si no lo hago así, me quemarán todas las existencias con ácido.

—Bien planeado —murmuró Parry—. Debo imaginar que no conoce a los dos tipos que vinieron a darle esas órdenes.

—Nunca los había visto hasta hoy —declaró Ingrid.

Parry estudió el sobre unos momentos.

—Mañana es día primero —observó al cabo—. Usted enviará los mil dólares, por supuesto, pero... ¿Me permitirá venir el último día del mes?

—¿Para qué? —se sorprendió ella.

—Para ayudarla, naturalmente. Quizá no lo consigamos en la próxima ocasión, pero, con un poco de paciencia y un mucho de astucia, acabaremos con ese impuesto privado que ha fijado un tipo desaprensivo, para quien la palabra trabajo honrado es una blasfemia. Mientras tanto, y para que se le pase un poco el mal rato, ¿quiere aceptar mi invitación a cenar?

Ingrid sonrió.

—No quisiera ofenderle... pero ¿ha ganado mucho hoy con sus conciertos de flauta?

Parry lanzó una alegre carcajada.

—La flauta es mi *hobby*, no mi profesión, aunque en más de una ocasión me han propuesto formar parte de una orquesta. Pero soy un poco inconstante y convertirse en un buen solista es algo que requiere mucha disciplina.

—Lo cual no parece agraderle demasiado.

—Perdería en parte mi independencia, y eso no me gusta. Bien, ¿acepta mi invitación?

—Va a devolverme los cinco dólares que le di esta mañana —  
sonrió la joven.

—Una devolución en especie, por supuesto —puntualizó él.

## CAPÍTULO II

El mensajero anunciado llegó el último día del mes y dejó el sobre en el mostrador, sin pronunciar una sola palabra. Había llegado a media mañana y, con toda discreción, Parry se dedicó a seguirle por la ciudad, dándose cuenta de que recorría no menos de sesenta o setenta establecimientos de la más diversa índole, con una circunstancia común: todos eran prósperos negocios y, al menos en apariencia, podían pagar perfectamente la «cuota» asignada.

A media tarde, el mensajero subió a un coche y salió de la ciudad en dirección sur. Parry lo siguió por la autopista, encontrándose a los pocos kilómetros con una escena singular.

Fuera de la autopista había una avioneta parada, junto a la cual se divisaban algunos agentes de policía. El mensajero detuvo su coche y se apeó, dirigiéndose inmediatamente al piloto.

—Traigo la pieza, Mac —dijo.

—Estupendo, Ken —contestó el piloto—. Dámela, por favor.

El piloto manipuló unos momentos en el motor. Luego se volvió hacia los policías.

—Dispensen las molestias, amigos. No sé qué habría hecho sin su valiosa colaboración. Les quedo muy agradecidos, de veras.

—Estamos para eso, señor —contestó el jefe de los policías, a la vez que se volvía hacia sus subordinados—. Despejen la autopista, por favor.

Los policías corrieron a detener a los coches que circulaban en aquella dirección. El piloto y el mensajero subieron al aparato, cuya hélice se puso en movimiento a los pocos momentos.

Uno de los policías se hizo cargo del coche del mensajero que, supuso Parry, debía de ser alquilado en Holbertown. El motor del avión emitió un fuerte rugido y las ruedas se pusieron en

movimiento inmediatamente.

El aparato entró en la autopista. Su piloto hizo unas pruebas de aceleración con el motor y luego dio gas. A los tres cientos metros, el avión se elevó grácilmente del suelo, perdiéndose de vista en pocos momentos.

Estupefacto por lo que acababa de presenciar, Parry regresó a la ciudad, sin acabar de creer todavía en los acontecimientos de que había sido testigo.

\* \* \*

—Unos tipos verdaderamente listos —declaró a la noche, mientras cenaba en compañía de Ingrid—. El hombre que repartió los sobres en más de sesenta establecimientos, se marchó de la ciudad a media tarde, en un coche alquilado. Le esperaba un avión, al que llevó una pieza que faltaba y que le impedía volar.

»Yo supongo que el piloto lo trajo en el avión, aterrizando en la autopista en un momento de poco tráfico. La Policía acudió inmediatamente y uno de los agentes llevaría al mensajero a la ciudad. El mensajero hizo su trabajo, alquiló luego el coche y regresó al avión, con una supuesta pieza que el piloto simuló colocar en el motor, para así justificar la avería. Por tanto, me ha sido imposible seguirle más allá —concluyó Parry su relato de los acontecimientos.

—En efecto, son muy listos —convino Ingrid—. Pero yo, mañana, habré de desprenderme de otro billete de mil dólares. Creo que no voy a poder remediar esta situación, a menos que cierre el negocio.

—¿Estaría dispuesta a hacerlo, con tal de no pagar a esos granujas?

—Me encuentro en un momento óptimo. Cada día tengo más y mejores clientes y los pedidos me desbordan. He tenido que tomar dos dependientas más y estoy pensando en alquilar el local contiguo, a fin de hacer una ampliación que ya estimo necesaria. Pero eso de pagar algo que es injusto...

Parry estudió el sobre que Ingrid había recibido aquella misma mañana.

—La dirección es distinta —observó—. Sí, son muy hábiles.

Cada vez, se envía el dinero a unas nuevas señas. Alquilarán un despacho, donde recibirán los sobres y, una vez que los tengan todos, levantarán el vuelo. Apostaría algo a que el mes próximo tendrá que enviar el dinero a otro lugar... de la misma población, por cierto.

—Los Ángeles es muy grande. Sobran locales para despachos de negocios. Pueden actuar así indefinidamente, duran te años enteros, Norman.

—Hasta que hayan exprimido la sabrosa naranja que, para ellos, es Holbertown —comentó el joven sombríamente—. Ingrid, yo quiero ayudarla, pero, por el momento, no se me ocurre ninguna idea... excepto, resignadamente, aguardar al mes próximo.

—El recaudador tomará también un avión, claro.

—Si es así, estaré preparado. Conozco a un amigo piloto y él tendrá dispuesto su avión para seguir al que se lleva al mensajero. Pero, puesto que, cada vez, cambian de procedimiento, dudo mucho de que vuelvan a utilizar la vía aérea como medio de escape. Lo siento, Ingrid.

Ella sonrió.

—Usted ha hecho todo lo posible, y yo se lo agradezco infinito, sobre todo, teniendo en cuenta que no nos conocíamos ni tenía ninguna obligación hacia mí —contestó.

—Bueno, me dio cinco dólares, creyéndome un músico callejero. Estaba obligado a devolverle el favor, aunque no se puede decir que haya tenido mucho éxito.

En aquel momento, una hermosa mujer, elegantemente ataviada, se acercó a la mesa.

—Norman...

Parry levantó la mirada. Inmediatamente, se puso en pie.

—Ah, hola, Eileen. ¿Cómo estás?

—Me alegro de encontrarte, aunque sea por casualidad. ¿Podrías interpretar para mí mañana tu melodía favorita?

Parry parpadeó un instante.

—Pues... no sé... —vaciló.

—Inténtalo, por favor.

—Haré lo que pueda, Eileen.

—Adiós, Norman.

La mujer se alejó. Parry, muy turbado, volvió a sentarse.

—¿Es una admiradora de su arte musical? —preguntó Ingrid.

El joven sonrió de mala gana.

—El concierto de flauta era una contraseña.

—Oh... Me parece comprender —sonrió la muchacha.

—Pero no me sentaré a tocar *El Flautista de Hamelin*.

—¿Por qué no? Es muy guapa...

—Hay cosas que gusta probar una vez, pero no repetir —dijo él sentenciosamente—. Otros pensarían de distinta manera, Norman.

—Cuestión de opiniones, Ingrid.

Poco después, salieron del restaurante. Apenas habían dado unos pasos, un hombre de unos treinta y cinco años se acercó al joven.

—Hola, Norman —saludó—. Te aguardamos esta noche. En mi casa.

—¿En tu casa? —se sorprendió Parry.

—Sí. No dejes de acudir. Es muy importante.

—Está bien, Bat, iré.

—Gracias, Norman.

El hombre se alejó. Parry se volvió hacia Ingrid.

—Una reunión de veteranos de guerra —explicó.

—Jugarán a las cartas, consumirán ingentes cantidades de cerveza y contarán sus hazañas bélicas por enésima vez —supuso ella.

—Solemos hacerlo, es cierto —admitió él—. Una vez cada dos meses, pero lo extraño es que la próxima no tenía que celebrarse hasta dentro de tres semanas. En fin, no puedo negarme...

—No defraude nunca a sus amigos —aconsejó Ingrid.

\* \* \*

Eran siete u ocho, y todos ellos tenían rostro serio y ceñudo. El ambiente era muy distinto de reuniones anteriores, y Parry empezó a sentirse preocupado.

—Bueno, ¿qué diablos pasa? —exclamó, impaciente—. Debíamos reunimos dentro de tres semanas, pero, por lo visto, alguien ha pensado que era una fecha demasiado lejana. ¿Por qué, si se puede saber?

Un hombre entró en aquel momento. El dueño de la casa, Bat Clune, dijo:

—Aquí está el que faltaba. ¿Cómo estás, Mary?

—Mañana tendré mil dólares menos, como cada uno de vosotros —respondió el recién llegado.

Parry creyó comprender.

—También os han señalado la «contribución» de mil pavos, ¿eh?

—Lo mismo que a ti, Norman —señaló Clune.

—¿A mí? Que yo sepa, nadie me ha pedido...

—¿No te ha dicho nada tu gerente?

—No, hace tiempo que no lo veo, pero hablaré con él mañana mismo —prometió el joven.

Clune tocó un vaso con una cucharilla.

—Está bien, se abre la sesión —declaró—. Todos los presentes tenemos un problema de mil dólares al mes. Más o menos, podemos soportar la extorsión en el aspecto económico, pero ¿qué me decís de los otros aspectos? El de la dignidad personal, por ejemplo. Pagar lo que no se debe y, además, bajo amenazas, es una vejación insoportable, a la que debemos poner solución lo antes posible. Por tanto, se admiten sugerencias a fin de acabar con el asunto.

Marvin Iddlestone levantó la mano.

—Hemos de averiguar, en primer lugar, quién es el hijo de perra que nos está chupando la sangre —indicó—. Sin ese requisito, cualquier acción estará condenada al fracaso. —Yo he intentado seguir al mensajero que vino a cobrar las «cuotas» en la última ocasión, pero emplearon un truco muy bueno y perdí su rastro— manifestó Parry.

—Creí que no sabías nada —manifestó sorprendido, William Goohett, otro de los miembros de la reunión.

Parry tosió virtuosamente.

—Por casualidad me enteré de que eso mismo le sucedía a una persona amiga y quise ayudarla —respondió—. Pero, naturalmente, estoy dispuesto a colaborar en lo que sea, a vuestro lado en todo momento. Lo que sucede es que ignoro si tenéis algún plan para evitar esa extorsión.

—Desgraciadamente, no se nos ha ocurrido nada todavía —confesó Hoot Nash—. ¿Tienes tú alguna idea, Norman?

—A lo que parece, el asunto viene de largo —contestó el aludido—. Pero yo no me había enterado hasta hace muy poco tiempo. ¿Quiere alguien contarme cómo empezó la cosa?

—Está bien —asintió Clune—. El asunto, en efecto, empezó hará cosa de un año. En un principio, realmente las cuotas, no eran muy elevadas, apenas un par de cientos mensuales. Lo que ocurre es que alguno no podía soportar esa cantidad siquiera y se hartó de pagar. Tal fue el caso de Roy Prather, cuyo negocio, a decir verdad, no marchaba muy bien. El día en que llegó el mensajero a pedirle la suma exigida, le voló la cabeza de un escopetazo y se marchó de Holbertown. Nadie ha vuelto a verle desde entonces.

—¿Crees que eso ha desencadenado una exigencia superior?

—Estoy seguro. A fin de evitar daños a los mensajeros, el o los autores de la extorsión envían ahora uno distinto en cada ocasión, entregando un sobre ya franqueado, con una determinada dirección, en el cual es preciso enviar un billete de mil dólares. Cada mes, se cambia la dirección...

—Eso ya lo sé, Bat —cortó Parry—. ¿Qué más puedes decirme sobre el particular?

Clune se encogió de hombros.

—Prácticamente, está todo dicho —respondió—. Lo único que falta ahora es acordar un plan para acabar con esta sangría.

—¡Por todos los diablos! —barbotó otro de los presentes—. Conté los lugares visitados por el último mensajero. Setenta y nueve, a mil dólares cada uno. Aunque el jefe de la banda tenga la mitad de gastos, aún le quedan casi cuarenta mil al mes, aproximadamente medio millón anual. ¿Podemos tolerarlo?

—Medio millón, libre de impuestos —observó Iddlestone con sorna—. ¿Se le ocurre a alguien una fuente mejor de ingresos?

Parry movió las dos manos al mismo tiempo.

—Vayamos por partes —propuso—. Según creo, nadie, salvo Prather, se ha resistido hasta ahora, lo que fue la causa de un incremento en la «contribución» y un nuevo sistema de recaudación, prácticamente imposible de detectar. Lo ideal sería agarrar al mensajero y obligarle a hablar, pero, segura mente, será un mercenario... Y ya que, por otra parte, no sabemos obligarle a que cambie, en mi opinión, lo único que nos resta es tener paciencia.

Paul Penrey elevó los brazos al cielo.

—¡Paciencia! —bramó—. ¿Es eso todo lo que se te ocurre, Norman Parry?

—No lo tomes a mal, Paul —indicó el joven serenamente—. Digo tener paciencia, a fin de obtener información algún día y poder actuar con rapidez y contundencia. Cuando operábamos juntos, donde todos sabemos y ninguno queremos mencionar, esperábamos lo suficiente a fin de tener la seguridad de que la acción no resultaría un fracaso. Por eso estamos todos vivos, donde otras unidades resultaron diezmas das, cuando no exterminadas en su totalidad.

—Norman tiene razón —intervino Clune—. Es el más joven del grupo, como lo era «allí», pero siempre fue el que actuó con más inteligencia. Estoy de acuerdo contigo, muchacho —añadió—. Tendremos paciencia todo el tiempo que se necesite, pero cuando entremos en acción, desearán no haber se acordado de Holbertown en todos los días de su vida.

Parry alzó el índice.

—Necesito algo —advirtió—. Una lista de todos los contribuyentes... Por cierto, ¿sabéis si el mensajero sigue siempre el mismo trayecto en su recorrido?

—Sí —contestó Iddlestone—. Yo me dediqué a observarle y estoy en condiciones de que, debidamente instruido, el tipo empieza siempre por el sur de la población y se dirige inevitablemente hacia el norte, aunque trazando los necesarios zigzags para evitar que se le pase por alto algún contribuyente.

—Muy bien —resumió Parry—. El próximo día treinta yo me ocuparé personalmente de seguir al mensajero, sin que se dé cuenta, claro. Probablemente se marchará por algún procedimiento que nos impida seguirle, pero eso no importa, puesto que tendremos una dirección en la que localizar la oficina receptora. Y algo podré averiguar allí, os lo aseguro.

—A veces —murmuró Gooheht— me pregunto si no será obra de Harry Ferman. —Imposible— contradijo Clune. —Se marchó de aquí hace más de diez años y desde hace unos tres está retirado del negocio.

—¿Qué negocio? —preguntó Parry ingenuamente.

Clune le miró de frente.

—Los negocios propios de un gángster —contestó.

## CAPÍTULO III

Varias semanas más tarde, Parry se apostó en las inmediaciones de una casa de aspecto corriente, en Los Ángeles. El cartero llegó poco después y empezó a repartir la correspondencia por los buzones del vestíbulo.

Durante el resto del día, no acudió nadie. Parry pasó también la noche en vigilancia y, al siguiente, vio llegar al cartero, quien dejó otro paquete de sobres en el buzón señalado como destinatario para los envíos de las víctimas del extorsionista.

Parry calculó que todas las contribuciones habrían llegado ya y aguardó un rato más todavía. Cerca de las doce, llegó un individuo quien, provisto de una llave, abrió el buzón, extrajo todos los sobres y se metió a continuación en el ascensor.

Diez minutos más tarde, volvió a salir a la calle. Parry se fijó en que no llevaba una cartera de mano, lo que parecía excluir la apertura de los sobres, para sacar de ellos los billetes de mil dólares. Debía de haber entre setenta y cinco y ochenta billetes, que abultarían bastante, caso de portar el dinero en algún bolsillo.

Entonces, se le ocurrió una hipótesis. El extorsionista era un sujeto muy astuto, quien no quería que la mano izquierda supiera lo que hacía la derecha. Aunque estaba muy fatigado y se caía de sueño, Parry decidió actuar de inmediato.

Minutos más tarde, estaba ante la puerta del apartamento señalado a las víctimas como destinatario. Sabía cómo abrir una puerta sin llave y no le costó mucho pasar al interior.

Apenas había cruzado el umbral, una sonrisa se dibujó en sus labios. En una habitación, discretamente amueblada, sobre una mesa, se veía un fajo de sobres, todos ellos de idéntico aspecto. Si la dirección estaba previamente impresa en los sobres, los

extorsionados debían escribir su nombre en el reverso y no tardó mucho en encontrar el correspondiente a Ingrid.

El nombre de su negocio figuraba también en uno de los sobres. Parry apretó los labios.

—Maldito granuja...

Durante unos momentos, permaneció indeciso. Luego dejó los sobres en la misma habitación y pasó a la habitación contigua. Había un cómodo butacón y se sentó en él. Un minuto más tarde estaba profundamente dormido.

Despertó relativamente pronto, cuando oyó el ruido de una llave. En el acto se levantó y preparó la cámara miniatura que había llevado consigo.

Por la rendija de la puerta vio a un sujeto que estaba echando en una cartera los sobres que contenían el dinero. El individuo no se dio cuenta de que alguien le tomaba una fotografía. Al terminar, cerró la cartera y se marchó, sin darse cuenta de que había sido observado en todo momento.

Parry esperó todavía un buen rato, a fin de evitar problemas. Al cabo de media hora, abandonó la casa y se dirigió a un hotel, en donde se pasó durmiendo buena parte del día, hasta la hora de tomar el avión que le llevaría de regreso al aeropuerto cercano a Holbertown.

\* \* \*

Con aire negligente, Parry puso una fotografía sobre la mesa, delante de su invitada.

—¿Quién es este tipo? —preguntó Ingrid, asombrada—. El hombre que se llevó sus mil dólares, en compañía de setenta y cinco u ochenta mil más.

Ingrid se quedó sin aliento.

—Es uno de los gangsters...

—Si.

—Está... poniendo los sobres en una cartera...

—Exacto.

—¿Quién tomó la fotografía, Norman?

—Yo.

El asombro de la joven subió de punto.

—¿Y... él no se dio cuenta?

—No, desde luego.

—Norman, diríase que tiene cierta experiencia en esta clase de asuntos —expresó Ingrid.

—Alguna, aunque no me había sucedido nada semejante hasta ahora.

—Bien, tiene al tipo retratado, pero ¿quién es?

—Mis amigos tienen relaciones. Están tratando de identificarlo.

—Sus amigos... —murmuró ella pensativamente—. Norman, usted no me ha dicho nada hasta ahora, pero presiento que está tratando de combatir al ladrón.

—Cierto, y no soy el único.

Un hombre se acercó en aquel momento a la mesa de la cafetería.

—¿Norman? ¿Puedo hablarte un momento? —solicitó.

—Ah, hola, Bat. Permite que te presente a la señorita Ingrid Rockfort. Está en el mismo caso que nosotros, así que puedes hablar delante de ella sin reparos. Ingrid, éste es Bat Clune, un antiguo compañero de penas y fatigas.

—¿Cómo está usted, señor Clune? —saludó ella.

—Es un placer, señorita Rockfort. Norman, hemos identificado al tipo de la fotografía. Es un tal Dunny Carsten, del que se sabe estuvo relacionado en tiempo con Harry Ferman.

—¿Crees que continúa la relación, Bat?

Clune señaló la fotografía.

—Eso lo dice seguro, ¿no?

—Bat —murmuró el joven—, tengo algunos años menos que vosotros y no estoy enterado del asunto Ferman. Tienes que contármelo en otro momento.

—Claro, Norman. ¿Qué piensas hacer ahora?

Parry meditó unos instantes.

—Podríamos atrapar a Carsten y obligarlo a cantar, pero ello pondría en guardia al extorsionista y yo pienso que es mejor actuar, cuando menos lo espere. La sorpresa absoluta sería la mejor baza para ganarle la partida.

—Sí, estoy de acuerdo contigo, pero la gente puede impacientarse... Pagar mil dólares al mes no es plato de gusto para ninguno de nosotros —alegó Clune.

—Cuando demos el golpe definitivo, recobramos todo el dinero que nos han robado —aseguró Parry rotundamente—. Ahora, lo único que conseguiríamos es que ellos tomaran represalias, y quizá haciendo algo más que quemar algún comercio o estropear alguna partida de género. ¿No es verdad, Ingrid?

—Sí —respondió ella—. A mí me quemaron un camión precioso, por el que podía haber obtenido trescientos cincuenta dólares, más algunas otras prendas que tuve que vender muy rebajadas, perdiendo incluso dinero. Prefiero esperar todo el tiempo que sea, con tal de acabar con esta pesadilla de una vez para todas.

—Muy bien —aprobó Clune—. Esperaremos, pues. Pero no creo que convenga dejar pasar más allá de un par de meses, Norman.

—Creo que, dentro de un par de meses, tendré las suficientes cartas en la mano para ganar la partida. Bat, ¿crees que alguna de las víctimas podría estar de acuerdo con el extorsionista, sea o no Ferman?

—No, en absoluto —rechazó Clune la idea—. Nadie de esta ciudad se prestaría a una cosa semejante. Algunos, incluso, querrían hacer lo mismo que hizo Prather con Lou Billino.

—Y eso nos costó la subida de los «impuestos» —comentó Norman sarcásticamente—. De todos modos, Bat, un poco de guerra psicológica no estaría mal del todo.

—¿Tienes alguna idea en mente?

—Pensaré algo.

Clune se dio cuenta de que estorbaba y sonrió.

—Nos veremos otro rato. Encantado, señorita Rockfort —se despidió.

Poco más tarde, Ingrid y Parry salían a la calle. Entonces, él, sorprendentemente, sacó la flauta y empezó a interpretar una pieza.

Era una melodía triste, repetitiva, lúgubre, que impresionó mucho a la muchacha. Parry tocaba sin preocuparse de la actitud de los transeúntes, que le contemplaban con una mezcla de curiosidad y simpatía. Al cabo de unos minutos, cesó en la música y miró sonriente a Ingrid.

—Me ha gustado mucho, pero la encuentro muy deprimente —dijo ella—. ¿Cómo se titula?

—Es una composición mía. *Balada del Ángel Negro*. El Ángel Negro, en las leyendas árabes, es el mensajero de la muerte.

Ingrid se estremeció.

—La cena no le ha conferido optimismo, precisamente —dijo.

—¿Cómo que no? Escuche un momento y verá... digo, oirá...

Parry tocó de nuevo, interpretando ahora una melodía de vivo ritmo. Un par de chicos más bien adolescentes, empezaron a bailar detrás de ellos, siguiendo el ritmo de la música. Ingrid, contagiada de la alegría general, se marcó unos pasos de baile, agarrada al brazo del joven.

Varios chicos más se les unieron y, en pocos minutos, se formó una procesión que se movía sobre la acera, entre el pasmo y el asombro generales. Pero no tardó en aparecer un policía que les ordenó cesaran en lo que podía constituir un problema de orden.

Ingrid y Parry continuaron su camino juntos. De repente, él lanzó una exclamación:

—¡Ya lo tengo, Ingrid!

—¿Sí, Norman? ¿De qué se trata?

—Del plan de guerra psicológica. Escuche, se lo contaré ahora... aunque puedo anticiparle el título. Operación tam-tam.

¿Qué le parece?

—Tam-Tam es un tambor africano —dijo ella.

—Exactamente, y ésa es el arma que vamos a emplear contra el próximo mensajero —respondió Parry con rotundo acento.

\* \* \*

El mensajero llegó puntual el último día del mes, provisto de un plano de Holbertown y una lista de nombres y direcciones, y se aplicó al trabajo inmediatamente.

Su primera visita fue para una estación de servicio situada a la entrada de la ciudad. El dueño era Hoot Nash, quien lo recibió con el ceño fruncido.

—Aquí tiene el sobre —dijo el mensajero—. No se olvide de las instrucciones anteriores.

—Las conozco a la perfección —respondió Nash.

—Entonces, ya está todo dicho. Adiós.

El mensajero subió a un coche y arrancó en dirección a su próxima víctima. Detrás de él, alguien golpeó lo que parecía un

gran tambor, pero no le prestó demasiada atención.

El tambor resonó después de la siguiente visita y volvió a sonar cada vez que salía de un local. Después de haber entregado veinte o treinta sobres, el mensajero empezó a ponerse nervioso.

De cuando en cuando, callaban los tambores, pero volvían a sonar a los pocos momentos. La población entera parecía vibrar con aquellos lúgubres sonidos, que se propagaban a gran distancia y hubo un instante en que el sujeto empezó a sentir miedo.

Ninguno de los que le recibían pronunciaba una sola palabra, ni protestaba siquiera, como sabía había ocurrido en anteriores ocasiones. Todos los que recibían su visita, aceptaban el sobre en silencio pero, apenas había vuelto la espalda y salido a la calle, el fragor del  
tam-tam

africano volvía a resonar profundamente, invadiendo el ambiente con su tétrico estruendo.

El mensajero respiró aliviado cuando, al fin, terminó su recorrido. Subió al coche y escapó como alma que lleva el diablo, feliz por sentirse lejos de una ciudad que le había parecido habitada por auténticos demonios.

Ingrid fue una de las últimas personas visitadas y Parry estaba presente, simulando ser un empleado de la *boutique*. Apenas se marchó el mensajero, Parry conectó la grabadora, en la que había registrado el sonido de un auténtico  
tam-tam

africano, dio el máximo de volumen y sacó el aparato a la puerta del local.

Por todas partes se oía el mismo sonido. Parry confiaba en que la que él había denominado Operación  
tam-tam

diese el resultado apetecido.

—El jefe también se pondrá nervioso cuando lo sepa —opinó.

—¿Tú crees? —dudó Ingrid.

—Inevitablemente, se preguntará qué sucede, por qué todo Holbertown se ha puesto de acuerdo para hacer una cosa semejante. Eso le preocupará... y es muy posible que le haga dar un paso en falso.

Ella suspiró.

—Espero que sea como dices, Norman.

Parry anotó la dirección escrita en el sobre que Ingrid había recibido unos minutos antes.

—Mañana, espero, sabré más detalles —aseguró.

—Norman, hay una cosa que me gustaría saber —expresó ella.

—¿De qué se trata?

—¿Cómo ha llegado el mensajero a Holbertown?

—Vino en el autobús de la Greyhound, pero se apeó en la parada que hay a una milla de la población y que permite el acceso a aquella zona residencial. Luego fue a pie hasta la estación de servicio de Nash. Alguien, ayer, dejó un coche y el mensajero tenía las llaves. Usó el mismo coche para abandonar la ciudad.

—Y luego volvió al autobús.

—Sí, pero se habrá apeado en una parada intermedia...

—Y un amigo le recogerá —adivinó Ingrid.

—Exactamente —confirmó Parry.

—Demasiado complicado, ¿no crees?

—Cierto, pero así borran pistas, Ingrid.

—Eso no tiene sentido si se piensa que tenemos un sobre con una dirección...

—La cual es distinta de las anteriores. Un hombre recogerá los sobres y los dejará en cierta oficina. Otro irá después a buscarlos y se los llevará. Y yo le seguiré esta vez y así averiguaré quién es el que los recibe.

—Bien, ¿qué harás entonces?

—Entonces... —sonrió Parry—, tendré que hallar una buena idea para convencer al extorsionista de que debe abandonar el negocio.

—¿Y si no acepta?

Parry fijó la vista en el hermoso rostro de su interlocutora.

—Peor para él —contestó fríamente.

Ingrid se estremeció. ¿Sería capaz Norman de matar a un hombre a sangre fría?

## CAPÍTULO IV

—Por todo el oro del mundo no volvería jamás a Holbertown —dijo el mensajero al hombre que había acudido a recogerle.

—¿Por qué? Es un trabajo fácil y bien pagado. Mil dólares, más gastos, por una jornada de reparto... No tienes por qué quejarte, muchacho.

—Tú no has estado allí —rezongó el mensajero—. Escucha, acepté el trabajo porque me hacía falta el dinero, pero ya he dicho que no vuelvo allí ni encadenado.

—Bueno, que el diablo me lleve si te entiendo. Has ido y has vuelto en una sola pieza; nadie te ha dado siquiera un pellizco...

—Eso es lo malo. Casi preferiría haber tenido un par de peleas. Pero no ha sido así.

—Entonces, ¿qué ha ocurrido?

—Todos me recibieron de la misma forma: en completo silencio, sin pronunciar una sola palabra, sin rechistar siquiera. Pero eso no fue lo peor. Apenas entregué el primer sobre, empezó a sonar un tambor... Sí, sí, no te rías; un tambor como esos que salen en las películas de salvajes africanos y exploradores...

—Un  
tam-tam.

—Justo. No recordaba el nombre, pero así se llama. Bueno, como te iba diciendo, cada vez que entregaba un sobre, sonaba un tam-tam.

Cuando terminé el recorrido, toda la ciudad parecía la salva africana. Hubo momento en que llegué a temer que me metieran en una caldera para comerme.

—Estás loco...

—¡Hablo en serio! —aulló el mensajero—. No es ninguna

fantasía, te lo juro. Óyeme bien, tú conoces al jefe o, por lo menos, a alguien que lo conoce. Cuando lo veas o hables con él por teléfono, dile lo que pasa. En Holbertown se está cociendo algo y no me gustaría estar en el pellejo del próximo mensajero, ¿comprendes?

—Está bien. Contaré lo que me has dicho, pero eso ya no debe preocuparte a ti. A fin de cuentas, no vas a volver a Holbertown.

El mensajero elevó los ojos al cielo.

—¡Gracias a Dios! —exclamó fervorosamente—. He hecho muchas cosas y en ocasiones he pasado miedo, pero lo de hoy ha sido verdadero pánico, créeme. Tienes razón, ha sido mi primera y también mi última visita a esa maldita ciudad.

\* \* \*

Los dos hombres entraron en la casa, justo cuando Parry se disponía a hacerlo y el joven creyó prudente aguardar todavía algunos minutos. A fin de cuentas, iba a esperar al sujeto que recogería los sobres, para seguirle y así averiguar a quién tenía que entregarle el dinero.

Mientras, Groyt Fuller y Sonny Peters, subían en el ascensor hasta el apartamento en el que poco antes habían sido depositados casi ochenta mil dólares. Fuller abrió la puerta con una llave falsa y se coló en el interior, seguido de su compinche.

—¡Mira, ahí está la «pasta»! —exclamó el primero jubilosamente.

—¿En esos sobres? —se extrañó Peters.

—Sí, justamente. Ven y lo verás...

Los dos hombres se acercaron a la mesa. Sin la menor ceremonia, Fuller rasgó uno de los sobres y extrajo de su interior un flamante billete de mil dólares.

Peters silbó.

—¡Cielos, es cierto! Oye, Groyt, ¿cómo te enteraste...?

—Me lo dijo Randy Ward. Hace algunas semanas, le encargaron repartir unos sobres. Él pensaba que se trataba de algo gordo, pero también muy peligroso. Ayer me dio esta dirección...

—Y, ¿qué tenemos que darle nosotros a cambio?

—El veinte por ciento, que repartirá con su informador. Vamos,

abre los restantes sobres y contaremos el dinero. ¡Cristo, si todos tienen billetes de mil, nos vamos a forrar!

Efectivamente, todos los sobres contenían billetes de mil. Con ojos brillantes de codicia, Peters y Fuller empezaron a contarlos.

—Setenta y siete mil —exclamó el primero al terminar—. ¿Cuánto es el veinte por ciento para tu amigo Randy?

—Quince mil cuatrocientos —respondió Fuller, tras unos rápidos cálculos mentales.

—Por tanto, ¿nos quedan...?

—Sesenta y un mil seiscientos. Bueno, le daremos quince mil; quedarán sesenta y dos, treinta y uno para cada uno de nosotros. ¿Qué te parece?

—¡Magnífico! ¿Qué, nos largamos ya?

La puerta se abrió en aquel instante y un hombre entró en el apartamento. Antes de percatarse de lo que sucedía, dio un par de pasos y luego se detuvo en seco, con la boca abierta.

—¿Qué diablos...?

El recién llegado vio el dinero todavía esparcido sobre la mesa y lanzó un rugido.

—¡Dejad eso, bastardos! —aulló—, a la vez que echaba mano al interior de su chaqueta.

Fuller fue más rápido. Sacó una pistola y disparó dos veces, sin apenas ruido.

—Siempre uso silenciador —dijo satisfecho, mientras veía desplomarse al recién llegado.

—Será mejor que nos larguemos —masculló Peters—. Esto puede ponerse al rojo vivo muy pronto.

—Vamos, empieza a guardar billetes. No perdamos más tiempo.

El hombre caído se movía todavía un poco, pero no tardó en quedarse quieto.

Parry vio salir a los dos sujetos con aire enteramente normal, y decidió aguardar un poco todavía al que suponía había venido a recoger los sobres. Pero en vista de su tardanza en aparecer, entró en la casa media hora más tarde.

A los pocos momentos, comprendió los motivos de la tardanza. Los sobres, abiertos de cualquier manera, yacían sobre la mesa y en el suelo, desprovistos de su contenido. Entornó los ojos, procurando no mirar al muerto.

—Esta vez te han sacado la lengua —murmuró, dirigiéndose al desconocido extorsionista.

Y luego, muy preocupado, se preguntó si lo ocurrido tenía consecuencias para Holbertown. Si el extorsionista pensaba que alguien de la ciudad había liquidado a su mensajero, podía tomar represalias y...

\* \* \*

—Estaremos prevenidos —dijo al día siguiente, mientras almorzaba en compañía de Ingrid.

Ésta conocía ya lo sucedido y se estremeció.

—Creerá que hemos sido alguno de nosotros —opinó.

—Es posible, aunque yo me inclino a pensar que alguien de su propia organización le ha traicionado. Puede ser un tipo ambicioso... Eran dos, en realidad, y debían estar resentidos porque les pagarían poco... Cualquier hipótesis puede resultar acertada, Ingrid.

Clune se acercó a la mesa en aquel momento, con un periódico en la mano.

—¿Puedo sentarme? —consultó, muy serio.

Parry hizo un breve ademán.

—Lo siento, Bat —se disculpó.

—No has conseguido nada —adivinó Clune.

—Ya dije que es cuestión de paciencia...

—La gente empieza a cansarse de pagar, Norman. Es preciso hacer algo y pronto.

—Sí, lo sé. La operación

tam-tam

no dio todos los resultados apetecidos, salvo por el hecho de que el mensajero se marchó muerto de miedo. Pero sólo te pido otra oportunidad. El mes próximo actuaremos ya sin contemplaciones.

—¿Tú crees? —replicó Clune irónicamente, escéptico.

—Por favor, Bat. Respondo con mi fortuna particular del fracaso total. Si no es así, pagaré a todos...

—¡Oh, no! —protestó Ingrid—. Sería demasiado dinero, Norman.

Parry se volvió hacia la muchacha.

—Lo consideraré un préstamo —sonrió—. Y el extorsionista me devolverá el dinero que yo anticipe a sus víctimas, entre las cuales me incluyo yo, naturalmente. —Luego miró a Clune—. Bat, ¿todavía crees que Ferman tiene algo que ver con el asunto?

Clune se frotó el mentón.

—No sé qué decirte... Aquí estaba muy mal visto ya en los últimos tiempos... Se le acusó de haber matado a un jefe de policía que, por lo que se rumoreaba, era su compinche en ciertos asuntos nada claros, pero presentó un montón de coartadas y resultó exculpado. Sin embargo, supo darse cuenta de que los vientos soplaban contra él y se largó de la población. Ya no hemos vuelto a saber de él, excepto de un modo indirecto.

—¿Qué noticias hay de Ferman? —preguntó Ingrid, muy intrigada.

Clune desplegó el periódico.

—Las noticias se refieren a su hijo, Nick —contestó.

Parry y Ingrid contemplaron la fotografía que aparecía en una de las páginas interiores. —Parece que el hijo ha salido a papá— observó Parry cáusticamente.

—Fue detenido bajo la acusación de conducir en estado de embriaguez, a velocidades prohibidas y, además, se le encontraron unos cuantos gramos de droga —explicó Clune—. Naturalmente, papaíto, con buenos abogados y basándose en que el chico no tenía antecedentes y que era la primera vez que lo detenían, consiguió la libertad, mediante una elevada fianza. Pero ese chico acabará mal, como el padre.

—Eso no resuelve la situación —se lamentó el joven.

—De acuerdo, pero hemos de buscar una solución, Norman. A propósito, nos reuniremos en la fecha de costumbre. No faltes.

—No faltaré —prometió Parry.

Clune se marchó, dejando a la pareja.

—Tengo que volver a la tienda —anunció ella sonriendo.

—Te acompañaré, si no tienes inconveniente.

—Ninguno, Norman.

Ingrid se puso en pie. Parry la miró fijamente.

—Tengo que decirte algo...

—¿Sí, Norman?

—¿No tienes... ningún pretendiente?

Ella se echó a reír, a la vez que juntaba los dedos en piña.

—Así, a bandadas —rió—. Con decirte que tengo que repartir *tickets* con número, para que hagan cola y me pidan en matrimonio...

Parry respingó.

—No hablarás en serio —dijo.

Ingrid le devolvió la mirada.

—Estuve a punto de casarme. Ya me había vestido, incluso, para la ceremonia.

—¿Qué pasó?

—Me enteré de la clase de pájaro que iba a ser mi esposo.

—Un granuja, ¿eh?

—Todos cometemos errores, Norman —respondió ella serenamente—. Pero quiero que sepas algo. Te considero un buen amigo, el mejor que he tenido, y no me gustaría que un día pudieras pensar que te he engañado.

Clune había dejado el periódico y ella señaló la fotografía de Nick Ferman.

—Él iba a ser mi marido —dijo.

Hubo un momento de silencio.

—¿Qué hizo él cuando supo que renunciaban a la boda? —preguntó Parry al cabo de unos momentos.

—No lo sé. Me cambié de ropa, hice las maletas y me marché sin decir nada a nadie. Al cabo de un tiempo, vine a Holbertown y... bien, aquí estoy, Norman.

Parry agarró el brazo de la muchacha.

—Aquí estás y aquí estarás para siempre —dijo firmemente.

## CAPÍTULO V

Nick Ferman tiró el periódico sobre la mesa, puso las manos en los costados y se encaró con el hombre que se hallaba sentado al otro lado.

—Está bien, cometí un error, pero no volverá a suceder —gritó descompuestamente—. ¿Sabes por qué pasó?

—Me gustaría saber por qué un hijo mío, que lo tiene todo, tuvo que embarcarse en un asunto de drogas —dijo Harry Ferman tranquilamente—. Admito que un día se te vaya la mano con el *whisky* y que te pases un semáforo en rojo, pero las drogas... Escucha esto, Nick: el asunto de la droga es algo que jamás quise tocar. He hecho muchas cosas en este mundo, menos envenenar a la gente. Hay otros me dios para conseguir dinero, ¿entiendes?

—La droga no era para mí. Me la dio un amigo...

—¡No te disculpes! —tronó Ferman—. Si sabías que era droga, si te lo dijo el que te la entregó para que se la dieras a otro, debiste habérsela hecho tragar, con papel y todo, aunque hubiese reventado en aquel momento. Yo tengo otro asunto mucho mejor, que da cantidades de dinero, sin apenas trabajo. Deberías tomar ejemplo de mí, ¿oyes?

—Sí, claro, y entonces resulta que te liquidan al mensajero y pierdes ochenta mil dólares —contestó el muchacho sarcásticamente.

—Algo se está cociendo en Holbertown —dijo con acento pensativo el hombre que, hasta aquel momento, había asistido en silencio al virulento diálogo que se desarrollaba entre padre e hijo.

—¿Lo crees así? —preguntó Ferman.

Burt Baynes hizo un gesto afirmativo. Era un sujeto de unos cuarenta y cinco años, delgado, de cabellos claros y ya muy escasos

y nariz ganchuda.

—Estoy seguro de ello, Harry —contestó—. El último mensajero dice que pasó un miedo espantoso. Durante todo el tiempo que permaneció en Holbertown, no cesaron de sonar tambores africanos, hasta el punto de que llegó a pensar que lo iban a meter en una caldera para cocerlo y comérselo.

—¡Tambores africanos! —resopló Nick.

—Como lo oyes, muchacho —confirmó Baynes—. El hombre que me lo contó no mentía, os lo aseguro.

—Y luego, el que debía traer el dinero murió a balazos y el envío de este mes ha desaparecido.

—Tengo una buena pista —indicó Baynes—. Cuando esté seguro de ello, los ladrones dejarán de disfrutar del botín.

—No lo pases por alto —advirtió Ferman torvamente—. Burt, no me gusta que nadie se burle de mí, ¿comprendes?

—Déjalo de mi cuenta, Harry. Pero ahora será mejor que resolvamos el problema de Holbertown...

—¿Por qué no dejan que me encargue yo? —sugirió Nick.

Ferman se mostró dubitativo. El joven se enfureció.

—¡Nunca quieres encargarme de nada importante! —gritó—. Siempre me consideras un chiquillo y, por todos los diablos, ya tengo veinticinco años.

—Pero a veces actúas como si tuvieras diez menos.

—Porque nunca me has dado una oportunidad...

—Harry, el chico tiene razón —intervino Baynes—. Además, tal como se han puesto las cosas, no conviene que te fíes de los ajenos.

—Era un buen plan. Lo ideaste tú —se defendió Ferman.

—Bueno, todos podemos cometer errores. Pero si tenemos en cuenta lo que siempre pensabas de la gente de Holbertown, si recordamos que casi cada día jurabas que un día te venga rías de ellos...

—Está bien, no sigas, Burt. Nick, cuando llegue el momento, tú te encargarás de repartir los sobres.

—Gracias, papá. Lo haré bien —prometió Nick.

—¡Pero no bebas ni corras demasiado! —gritó Ferman.

—Me portaré bien, te lo aseguro.

Ferman se volvió hacia Baynes, su secretario y hombre de confianza.

—Burt, ¿sabes quién es el tipo que le dio la droga al muchacho?

—Sí, tengo su nombre y sus señas... ¿Qué quieres que hagamos con él?

—Haz que lo envíen al dentista... para que le pongan una dentadura completa.

—Tengo gente que se encargará de sacarle todos los dientes... sin anestesia, claro —rió Baynes.

—Me gustaría sacarle personalmente un par de muelas —dijo Nick rencorosamente.

—Ni lo sueñes —prohibió su padre con severidad—. A ti tendrían que sacarte unas cuantas, para que otra vez no te portes como un idiota. Burt, ¿seguimos pasando cuentas?

—Sí, desde luego, Harry —contestó Baynes.

\* \* \*

El

tam-tam

funcionó en la próxima ocasión, pero silenciosamente, a través de los teléfonos. Como la vez anterior, Parry estaba en la *boutique* de Ingrid cuando llegó el mensajero, y se dispuso a poner en práctica en plan ideado.

Entonces observó que Ingrid perdía el color y se turbaba enormemente.

El mensajero también se sorprendió, aunque reaccionó mucho antes.

—¡Por todos los diablos! Si es...

—¿A qué has venido, Nick? —preguntó ella.

Sonriendo desdeñosamente, Nick Ferman dejó un sobre encima del mostrador.

—Pero puedo retirarlo —dijo.

—¿Cómo? No te entiendo...

—Ingrid, tú y yo íbamos a casarnos. De pronto, el mismo día de la boda te marchaste sin dar explicaciones. Eso ocurrió hace un par de años, ¿lo recuerdas?

La joven se irguió.

—Perfectamente, Nick. Es algo que no olvidaré en todos los días de mi vida.

—Muy bien, tampoco yo pienso olvidar aquella ofensa, a menos que...

—A menos, ¿qué, Nick?

Ferman se acercó a Ingrid y le dijo algo al oído. Ella enrojeció instantáneamente.

—¡Ni lo sueñes! —contestó con viveza.

—Preciosa, sé que estás resentida conmigo y, hasta cierto punto, lo encuentro lógico, pero he cambiado, aunque no te lo creas. Todo puede volver a ser igual que antes entre los dos, incluso con matrimonio, si lo prefieres así.

—¡No! —replicó ella rotundamente—. Dices que has cambiado... —Señaló el sobre con un vehemente ademán—. ¿Qué significa esto, entonces?

Parry asistía en silencio al diálogo entre los dos antiguos enamorados y se dio cuenta de que estaba a punto de terminar.

—Con su permiso, señorita —dijo—. Tengo que salir...

—¿Quién es este tipo? —preguntó Nick insolentemente.

—Un empleado... Mi gerente... —respondió Ingrid.

—Ah, bueno. Escucha, voy a estar en Holbertown todavía un rato. Cuando termine, volveré y continuaremos la conversación, ¿comprendes?

—Es inútil que te molestes, Nick. Perderás el tiempo.

Nick soltó una risa baja, pretendidamente siniestra.

—Ya lo veremos —dijo, mientras giraba para encaminar se a la salida.

Una vez en la calle, volvió a su coche y se sentó tras el volante. En el mismo instante, percibió en la nuca el contacto de algo duro y frío.

—Chico, arranca y sigue recto —oyó una voz a sus espaldas—. No hagas el menor gesto sospechoso o te vuelo los sesos, ¿me has oído?

Nick sintió un escalofrío.

—¿Qui... quién es usted? ¿Qué quiere de mí? —preguntó.

Lo sabrás en su momento. —Parry amartilló el revólver, procurando hacer el máximo de ruido, a fin de convencer a Nick de que no bromeaba—. Arranca y recuerda: apretaré el gatillo si intentas hacer algo que no me guste.

Nick dio el contacto. El motor respondió instantáneamente.

—¿Hacia... dónde? —consultó.

—Dirección sur —repitió Parry.

Un cuarto de hora más tarde, se detenían en la estación de servicio. Nash acudió de inmediato.

—Hoot —dijo Parry—, creo que tienes una bodega donde guardas cosas que ya no utilizas.

—También la empleo para guardar vino —rió Nash—. ¿Qué pretendes, beber a mi costa?

De pronto, se dio cuenta de lo que sucedía.

—¿El mensajero? —murmuró.

—El mismo —confirmó Parry—. Para más datos, es el propio hijo de Ferman.

Nash hizo un gesto de asentimiento.

—Da la vuelta y entra por detrás —indicó.

—Ya has oído, Nick —ordenó Parry secamente.

El coche se puso de nuevo en movimiento.

—Cuando mi padre se entere... —advirtió el muchacho en tono amenazador.

—No te preocupes, jovencito; yo mismo le llevaré la noticia —respondió Parry apaciblemente.

\* \* \*

Con ojos aterrorizados, Nick Ferman contempló a los hombres que iban entrando sucesivamente en el sótano, de una antigüedad evidente, según se podía apreciar por sus paredes, de ladrillos que, en algunas partes, rezumaban humedad. Dos de los hombres trajeron consigo un viejo camastro de madera, sin colchón, en el cual fue tendido el mensajero con escasas ceremonias, tras ser despojado de todas sus ropas, a excepción de los calzoncillos.

Nick protestó, insultó y amenazó, pero ninguno de ellos le hizo el menor caso. Aunque se debatió con todas sus fuerzas, era poca cosa para hombres en su mayoría mucho más robustos que él. Finalmente, quedó tendido sobre el camastro, con los brazos y las piernas atados en aspa. Una tercera ligadura sirvió para sujetarle la cintura, de modo que quedaba imposibilitado de hacer el menor movimiento, excepto de la cabeza, para volverla a ambos lados.

—Pero ¿qué diablos quieren hacer conmigo? —rugió, tratando

de mostrar valor, pero, en el fondo, lleno de pánico, porque presentía que algo horrible iba a sucederle.

—Eso —dijo Nash—, ¿qué hacemos con él?

Goohett estaba encendiendo un grueso habano.

—¿Le quemamos las plantas de los pies? —propuso.

—La carne asada de hombre huele espantosamente mal —ironizó Chick Calloway.

—He traído máscaras antisépticas. Así no percibiremos ese hedor —manifestó otro.

—Yo voto por las astillas bajo las uñas —dijo Clune.

—¿Qué tal el agua? Con un embudo, claro —sugirió Lou Lahann.

—No es por ofender, pero me parecéis carentes de imaginación —intervino Parry por primera vez—. Propongo las cosquillas en las plantas de los pies con una pluma de ave. —Eso le haría reír.

—Conocí un caso y el tipo se murió riendo. Reía, sí, pero no fue nada agradable.

El sudor empezó a correr por las sienes del prisionero.

—¡Soltadme, bastardos! —aulló—. Cuando mi padre se entere...

—Ya te dije que yo sería el primero en comunicárselo. Y espero que haga lo que le pedimos, porque de lo contrario, tú lo vas a pasar muy mal.

Hank Mallinson entró en aquel momento con una tremenda hacha de leñador.

—Aquí la tengo —anunció—. Me he pasado una hora en la muela y ahora tiene el filo de una navaja de afeitar.

Nick contempló espantado el enorme instrumento.

—No seas bruto, Hank —reprendió Parry, simulando enojo—. Esas cosas no se hacen a lo bestia. Se emplea un bisturí y luego una sierra de cirujano, para que el corte sea limpio.

—No... por favor... No me maten... —gimió el muchacho—. Haré lo que me pidan...

—Hemos olvidado algo que no puede fallar. La miel y las hormigas rojas —sonrió Nash. De repente, Clune vio una mancha de humedad en los calzoncillos de Nick.

—¡Mirad! —gritó, riendo desaforadamente—. ¡Se está meando de miedo!

Nick lloraba a lágrima viva.

—Haré lo que me pidan... pero no me hagan daño...

Parry se inclinó sobre él.

—Voy a ver a tu padre, pero le llevaré un mensaje escrito por ti, que te dictaremos nosotros, naturalmente. Mientras no obtengamos la respuesta deseada, permanecerás aquí, ¿lo has entendido?

—¿Qué... qué es lo que tengo que decir? —preguntó el prisionero.

—Lo sabrás enseguida.

Parry se volvió hacia uno de los presentes.

—Lou, tú siempre fuiste un magnífico tirador.

—Sigo siéndolo —contestó Lahann orgullosamente.

—Te entrenas con frecuencia, ¿eh?

—¿Van a matar a mi padre? —Se aterrorizó Nick.

Parry no se molestó en contestarle. Agarró a Lahann por un brazo y se lo llevó aparte.

—Tienes que preparar tu rifle. Con mira telescópica, claro.

—Descuida, Norman.

—¿Silenciador?

—Me lo procuraré.

—Está bien.

Parry hizo una seña con la mano y los demás se congregaron a su alrededor.

—Hace días hablé de guerra psicológica —les recordó—. Bien, antes de hablar con Ferman padre, vamos a darle un buen dolor de cabeza, pensando en lo que habrá sido de su adorado hijo. Es preciso que todo el mundo diga, cuando alguien venga a investigar, que nadie ha visto a Nick, que no ha estado en la ciudad y que no se tiene la menor noticia de su paradero. ¿Entendido?

—Yo me encargaré de eso —manifestó Paul Penrey.

—Lo que están haciendo conmigo es un delito castigado severamente por la ley —gritó Nick—. En cuanto me dejen libre, les denunciaré a la Policía...

Paul Penrey se volvió hacia el prisionero.

—«Yo» soy el jefe de Policía de Holbertown —declaró.

## CAPÍTULO VI

—¡Eso no puede ser! —gritó Ferman descompuestamente, al recibir las noticias que acababan de traerle—. El muchacho llegó a Holbertown. Me telefoneó apenas pisó su suelo... ¿Cómo es posible que nadie le haya visto ni sepa nada de él?

Baynes se encogió de hombros.

—Lo siento. El investigador que envié era de toda confianza, persona ajena por completo al asunto. Ha pateado la ciudad de punta a punta, preguntando a todo el mundo, pero, repito, nadie sabe nada de Nick. Lo siento, Harry; las cosas están así...

—¡La culpa fue tuya! —vociferó Ferman—. Yo no quería enviarle, pero tú...

—Los reproches no sirven de nada en estos momentos —cortó Baynes fríamente—. Haré que lo busquen, aunque sea por debajo de las piedras. Enviaré a los hombres más capaces y darán con él, puedes estar seguro.

Ferman se dirigió a grandes zancadas hacia su despacho.

—Quiero resultados, Burt —dijo—. No me vengas con excusas. Encuentra al chico o...

—Haré lo que pueda —prometió el secretario.

Ferman entró y cerró de un portazo. Dirigiéndose a una mesa con servicio de licores, destapó un frasco tallado y se sirvió una generosa ración de Bourbon. Al levantar el vaso, vio al hombre sentado tranquilamente en un butacón, con una pistola sobre el regazo.

—¿Quién es usted? —preguntó abruptamente, sin dejarse intimidar por el arma.

—Mi nombre es Norman Parry —contestó el visitante— Y traigo noticias de Nick.

Tranquilamente, Parry arrojó un papel sobre la mesa. Ferman dejó el vaso a un lado y se precipitó hacia el mensaje.

—Papá —leyó a media voz—, haz lo que te piden estos hombres o me matarán...

Levantó la vista.

—Ustedes no se atreverán —barbotó.

Parry hizo un gesto con la pistola.

—Siéntese, todavía no he acabado.

Ferman obedeció maquinalmente. Parry se sentó en un ángulo de la mesa.

—Tenemos a su hijo desde hace ocho días. Sabemos que envió gente a investigar y que tales pesquisas resultaron infructuosas, porque toda la población de Holbertown, harta de que usted les chupe la sangre, se ha aliado para combatirle. Por tanto, decidimos atacar por donde más pudiera sentirlo, esto es por su hijito del alma, tan retorcido y miserable como su padre.

—Siga —indicó Ferman sin pestañear—. No se prive de los insultos, si eso le satisface, pero escúcheme bien: cuando haya terminado todo, le perseguiré implacablemente...

—Usted no está en condiciones de amenazar, sino de obedecer —sonrió el joven—. Ponga atención, porque le voy a dar instrucciones para el rescate de su hijo. Dispone de cuarenta y ocho horas, a partir de las nueve de mañana, para hacer una transferencia al First Commercial Bank de Holbertown, por el importe de todo lo que ha robado durante los últimos tiempos y que hemos calculado hasta el último centavo.

Arrojó otro papel sobre la mesa y prosiguió:

—Ahí está la nota, hasta el último centavo. Haga lo que le decimos o Nick lo pasará muy mal.

Ferman sonrió desdeñosamente.

—Lo tienen en su poder. Ahora me dirán que, por cada día que me retrase en el pago, me enviarán un dedo o una oreja, ¿verdad?

—No, señor —contradijo Parry tranquilamente—. No perderemos tiempo en minucias. Si pasado el plazo no ha hecho la transferencia bancaria, le enviaremos su cabeza.

Ferman saltó en su asiento.

—¡Ustedes no se atreverán...!

—Lo haremos, téngalo por seguro.

El dueño de la casa apuntó con un dedo a su visitante.

—Está bien, enviaré el dinero, pero luego, usted, tendrá que atenerse a las consecuencias, ¿me oye?

Parry se echó a reír. Metió la mano en uno de los bolsillos y extrajo unas cuantas fotografías, que tiró sobre la mesa.

—Es usted un tipo estúpido y presuntuoso, que se cree que, por tener algunos guardaespaldas, es invulnerable a los posibles ataques de sus enemigos —dijo con acento insultante—. Mire, mire bien esas fotografías; han sido tomadas sin que usted se diera cuenta. En todas ellas, verá la cruz filar de una mira de puntería justo en su cabeza. Podríamos haberle matado sin que se enterase, pero hemos preferido recobrar lo que nos robó.

Ferman tragó saliva. De forma maquinal, agarró los lentes para lectura y se los puso. El color huyó instantáneamente de su rostro.

—Ferman, usted no sabía lo que se hacía cuando decidió exprimir a las gentes de Holbertown —advirtió Parry—. Usted puede tener mucha experiencia en ciertos asuntos, pero no contó con un grupo de hombres que fueron entrenados para matar y sobrevivir en las más difíciles condiciones. Estuvimos en Vietnam y allí, por desgracia, aprendimos cosas de las que ni usted ni sus pistoleros tienen la menor idea. Y si no me cree, voy a hacerle una demostración práctica de mis afirmaciones.

Parry abandonó su sitio y se situó en el ángulo opuesto de la mesa, justo frente a la ventana. Las cortinas estaban abiertas y permitían pasar la luz de la estancia al exterior.

Sacó un pañuelo y lo agitó varias veces. Un segundo después, algo hizo un agujero en un cristal y arrancó astillas de la mesa con gran violencia.

Ferman se echó a un lado instintivamente. Había percibido el soplo de la bala y creyó perder la respiración.

Dos proyectiles más rozaron su hombro izquierdo. Parry agitó otra vez el pañuelo y el desconocido tirador cesó en sus disparos.

—Queda advertido —indicó el joven severamente—. Cumpla nuestras condiciones; su hijo le será devuelto intacto y usted podrá seguir viviendo muchos años más. Pero si intenta tomar represalias más tarde, cualquier día se encontrará con la cabeza hecha pedazos.

Sonrió con aire desdeñoso y concluyó:

—Ya ve, su casa está fuertemente vigilada, pero yo he entrado y

salido sin que sus esbirros se diesen cuenta. Ahora me voy a marchar; no avise a nadie hasta dentro de media hora o puede considerarse hombre muerto.

—Entonces, no podría hacer la transferencia...

—Su hijo está en nuestro poder y él sería su heredero. ¡Adiós!

Ferman se quedó solo, devorando su rabia y su impotencia, sabiendo que no tenía otro remedio que cumplir las condiciones impuestas por unos hombres que habían demostrado ser infinitamente más astutos que él.

Era lamentable, pero no podía consentir que le enviaran la cabeza de Nick. Y, si no devolvía el dinero, lo harían; estaba seguro de ello.

\* \* \*

Los dos hombres se apearon del coche en el centro de la ciudad y entraron en el bar que tenían enfrente. Uno de ellos enseñó una fotografía al hombre que estaba tras el mostrador.

—¿Ha visto a este muchacho, amigo? —preguntó.

Andy Malamud contempló unos instantes la fotografía y luego meneó la cabeza.

—No —contestó, lacónico.

—Estás mintiendo, hermano —masculló el forastero—. Este hombre vino aquí y tú tuviste que verlo.

Malamud miró fríamente al sujeto.

—Espere un momento... Sí, creo que sí... ¿Permiten que haga una llamada telefónica? Nate Robson y Butch Merton cambiaron una mirada de satisfacción.

—No, si ya te decía yo... —murmuró el primero.

Malamud hablaba por teléfono, al otro extremo de la barra.

—¿Paul? Soy Andy. Escucha, tengo en mi local a dos tipos que preguntan por el «niño»... Sí, son forasteros... Gracias, ven y tomaremos una copa juntos.

Colgó el teléfono y sacó dos vasos.

—Ahora vendrá alguien que les dará informes sobre el hombre de la fotografía —manifestó—. Mientras tanto, ¿quieren tomar algo? La casa invita, caballeros.

Merton se echó a reír.

—Ya que es tan amable, ponga dos dobles de lo bueno —solicitó.

Malamud sirvió el *whisky* impasiblemente. Robson y Merton bebieron con toda tranquilidad.

A los pocos momentos, alguien se asomó a la puerta.

—¿Quién pregunta por Nick Ferman? —exclamó Paul Penrey.

Los forasteros se volvieron al mismo tiempo.

—¡Yo! —dijo Robson.

—Está bien. Separen las manos del cuerpo. Voy a arrestarles.

Merton dio un respingo.

—¿Por qué? —aulló—. ¿Qué hemos hecho?

Antes de contestar, Penrey le miró fijamente. El autor de la pregunta tenía un apéndice nasal no sólo exageradamente largo, sino torcido hacia la izquierda.

—En Holbertown están prohibidas las narices demasiado largas y tiradas a la izquierda —contestó.

Merton lanzó una exclamación de rabia. Las alusiones a su prominente nariz le ponían fuera de sí.

—Ningún maldito polizón va a decirme nada semejante, sin llevarse su merecido —rugió, a la vez que echaba mano al interior de su chaqueta.

Penrey fue mucho más rápido. Sacó el revólver de reglamento y disparó cuatro veces, palmeando el percutor, como el protagonista de una película del Oeste. Merton consiguió desenfundar el arma, pero su único disparo fue a parar al techo.

Lentamente, resbaló y quedó sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el mostrador y la cabeza doblada sobre el pecho. El revólver del policía apuntó inmediatamente al otro.

—¿Alguna objeción, muchacho? —preguntó Penrey.

Tragando saliva, con las manos en alto, Robson hizo un gesto negativo.

—Nosotros sólo habíamos venido en son de paz —se lamentó.

—No se va en son de paz por el mundo con armas en la mano —repuso Penrey—. ¿Tiene algún inconveniente en que el dueño del bar reciba la que lleva bajo la chaqueta? —Ninguno— contestó Robson desmayadamente, todavía aturdido por la despiadada y rápida acción del jefe de Policía. —Pero... ¿qué ha sido de Nick Ferman?

—¿Nick Ferman? —repitió Penrey—. Andy, ¿has oído tú alguna vez ese nombre?

—No, nunca —contestó Malamud con calmoso acento.

## CAPÍTULO VII

—Me siento maravillada —dijo Ingrid—. He recibido una nota del Banco, en donde me acreditan un montón de dinero de mi cuenta... ¿Qué ha pasado, Norman?

El joven se echó a reír. Ingrid percibió su risa a través del teléfono.

—¿He dicho algo gracioso?

—Oh, no, en absoluto —contestó él—. Pero las explicaciones resultarían un poco largas...

—Puedes dárme las a la noche, mientras cenamos juntos —propuso ella.

—Mejor el domingo. Conozco un sitio en el campo donde podríamos almorzar y, hasta aprovechando el buen tiempo, darnos un baño en el río. ¿Qué te parece?

—Fantástico, Norman.

—Entonces, aceptas.

—Claro, hombre.

—Bien, iré a buscarte a tu casa a las nueve en punto. Está un poco lejos, pero merece la pena. Yo me preocuparé de los víveres; tú solo tienes que poner...

—¿Qué, Norman?

—A ti misma.

Ingrid contuvo la respiración unos instantes.

—¿No me dices nada? —preguntó Parry.

—¿Hay algo más que decir? —rió la muchacha—. Hasta el domingo, a las nueve de la mañana.

Eran casi las once cuando Parry detuvo el coche en un lugar sumamente agradable, con árboles de frondosa copa y césped abundante. El río se deslizaba mansamente a poca distancia,

reflejando en sus aguas tranquilas el verdor de los lugares circundantes.

Ingrid vestía una sencilla blusa y pantalones cortos, blancos. Se apeó del coche con una bolsa en la mano que contenía sus objetos personales, y miró con ojos maravillados el paisaje que les rodeaba.

—Un verdadero paraíso —calificó.

—Bonito, ¿eh? alguna vez he pensado en construir aquí una casa, para vacaciones y fines de semana, pero siempre he estado demasiado ocupado y nunca tuve tiempo de llevar mis proyectos a la práctica —declaró Parry.

—Tendrías que comprar los terrenos...

—Son míos, Ingrid.

—Oh, no lo sabía, Norman.

—Tampoco lo mencioné antes. Bien, ¿qué te parece si tomamos un bocado?

—¿No nos bañamos antes?

—Como quieras. Espera, he traído una especie de tienda de campaña, para que te puedas cambiar...

—Será más tarde. Llevo el traje de baño puesto.

Ingrid se quitó la blusa y los pantalones y se descalzó. El traje era completo, pero sin espalda apenas. Parry contempló embobado la espléndida silueta de la joven.

Ella se sintió complacida al percibir la admiración de su acompañante.

—Vamos, Norman; no te demores —exclamó, a la vez que echaba a correr hacia el río. Parry la siguió momentos después. Nadaron un buen rato y luego salieron y se tendieron sobre la hierba, al sol.

—¿Puedo darte un consejo, Norman? —preguntó ella.

—Claro, encanto.

—Construye la casa.

Parry la miró fijamente.

—¿Para los dos?

Los ojos de Ingrid chispearon a través de las espesas pestañas.

—¿Por qué no? Pero luego hablaremos de eso... y también tienes que contarme muchas cosas sobre tu entrevista con Ferman.

—Sí, desde luego.

—Por cierto, Norman, antes dijiste algo sobre una tienda de

campaña. Quisiera cambiarme de ropa, por favor.

—Ahora mismo —dijo él, a la vez que se ponía en pie de un salto.

Un cuarto de hora más tarde, Parry había montado la tienda de campaña y llamó a la joven. Ingrid llegó con su bolsa en las manos.

—Avísame cuando estés lista, para preparar la mesa.

—Ya te llamaré, Norman.

Parry sacó del maletero la cesta con las provisiones. Apenas había tenido tiempo de abrirla y de extender un mantel sobre la hierba, cuando oyó la voz de la joven:

—¡Norman!

Parry se acercó a la tienda.

—¿Ingrid?

—Entra —invitó ella.

Parry levantó un poco la lona que cubría la entrada. Miró fijamente a la joven y luego dijo:

—¿De verdad lo quieres, Ingrid?

Ella sonrió en la penumbra.

—Hazte cuenta que has construido ya la casa para los dos —contestó.

Parry entró y dejó caer la lona. Luego se tendió junto a Ingrid y la abrazó estrechamente.

\* \* \*

—Tenemos que repetirlo muchas veces, Norman —murmuró Ingrid mucho más tarde, con la cabeza reclinada sobre el pecho del joven.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —respondió él.

—Quiero confesarte una cosa: casi pensé en... esto, desde el primer momento en que te vi.

—¿Cuando tocaba la flauta?

—Pues... algo por el estilo. Pero luego te conocí más a fondo y sentí algo que no había percibido jamás. Hablo en serio, Norman; ni siquiera cuando creía estar enamorada de Nick había sentido nada semejante.

—Debo decirte que me halaga profundamente oírte decir esas cosas. Yo también me sentí chiflado por ti apenas te conocí.

—Pero tocabas la flauta para que cierta dama te admitiera en su infinidad.

—No soy de piedra y cuando me diste aquellos cinco dólares, ni siquiera pensaba en que llegaría un momento en que iba a conocerte mejor. De todos modos, aquello fue un ro manee fugaz, que ya está completamente olvidado, puedo asegurártelo.

—Yo también he olvidado a Nick —afirmó ella gravemente—. Y, aunque no le guardo ninguna simpatía, celebro que lo hayáis devuelto sin sufrir daño alguno.

—Le hicimos pasar mucho miedo. Se lo merecía.

—¿Tú crees?

—Vino a Holbertown con muchos humos, como si fuese el dueño de la población. Convenía hacerle volver a la realidad.

—Y lo habéis conseguido, supongo.

Parry rió suavemente.

—Su padre devolvió hasta el último centavo.

—Debió de sentirse muy impresionado, ¿verdad?

—Si hubiésemos sido de otra pasta, le habríamos liquidado, sin que nadie hubiera podido evitarlo. Sólo queríamos darle una lección, hacerle saber que no podía continuar explotando indefinidamente a unas gentes honradas; no era posible que se enriqueciese a costa de quienes sudan y trabajan para vivir en paz. Lo comprendes, supongo.

—Lo comprendo, porque yo soy una de esas personas —contestó Ingrid—. ¿Sabes que, por fin, he conseguido el local contigo? Pronto empezarán las obras. Y ayer me llamaron de la más importante revista de modas del país para hacerme una entrevista y fotografiar mis modelos más exclusivos.

—Te harás famosa, Ingrid —pronosticó él.

La joven le besó apasionadamente.

—Esto es lo que más quiero —susurró.

Parry devolvió el beso y de nuevo volvieron a sumirse en un océano de pasión. Luego, Ingrid se incorporó un poco y se asomó a la puerta de la tienda.

—No hay nadie a la vista —dijo—. En tal caso, el traje de baño resulta innecesario.

Inmediatamente, echó a correr y Parry la siguió. Más tarde, se sentaron a consumir el almuerzo con evidente apetito.

Al terminar, Ingrid pareció sentirse preocupada.

—Norman, ¿crees que Ferman puede tomar represalias por lo ocurrido?

—Estoy seguro de que aceptará nuestras condiciones —respondió él—. No volverá a molestarnos, créeme.

—Me gustaría sentirme tan segura como tú —dijo la muchacha.

—Mujer, no temas...

—Quizá el padre se esté quieto, pero temo a Nick. Es terriblemente rencoroso y presiento que no se estará quieto después de lo ocurrido.

En el paroxismo de una furia indescriptible, Nick Ferman dio un tremendo puñetazo sobre la mesa y lanzó una obscena exclamación:

—¡No voy a consentirlo, por mucho que tú digas que debo resignarme! —dijo a voz en cuello—. Esos bastardos me torturaron...

—No hemos visto el menor daño en tu cuerpo —intervino Baynes calmadamente—. Te alimentaron bien, aunque te tuvieran sujeto, pero, por lo que yo sé no te tocaron al pelo de la ropa.

—¿Crees que no es tortura oír durante una semana larga la cantidad de cosas que podían hacer conmigo? ¿No es tortura ver a un tipo a diario, afilando un hacha que podría cortar un secoya de un solo tajo? A veces me miro al espejo y me pregunto por qué no tengo canas todavía.

—Nick, Nick —exhortó su padre—. Fueron listos, eso es todo. Jugamos una partida y la perdimos, debemos admitirlo. Olvidémonos de todo, ¿quieres?

—¡No y mil veces no! —rugió el muchacho—. Tienen que pagármelo, de una forma u otra, y estoy dispuesto a sacarme esta espina como sea. De lo contrario, no podré dormir en toda mi vida. Me vengaré de esos bastardos, les haré pagar caro todo el miedo que me hicieron pasar...

—¿Cómo? —preguntó Baynes—. ¿Tienes algún plan?

Nick empezó a pasearse nerviosamente por la estancia.

—No lo sé —contestó—. No se me ha ocurrido nada todavía, pero ya pensaré algo... algo que no falle...

Ferman levantó una mano.

—Nick, voy a hacerte una advertencia —anunció—. Eres muy joven todavía. Tienes que...

—¡Un cuerno soy joven! —aulló el muchacho—. Estoy harto de oírtelo todos los días, a todas horas, a cada momento... Pues bien, ya me he cansado de que me lleves de la mano y esta vez, te guste o no, lo haré a mi modo. Y esos hijos de perra lamentarán haberme hecho pasar esos malos ratos.

Detuvo los paseos y se volvió hacia su padre.

—¿O no recuerdas ya que mi libertad te costó más de medio millón de dólares? ¿No te gustaría recuperarlos?

—No podrás, Nick. Esos hombres fueron combatientes en unidades especiales. Cada uno de ellos vale por diez soldados corrientes. Pudieron haberme matado una docena de veces sin que yo me diera cuenta y no lo hicieron. Su emisario, Norman Parry, entró y salió de aquí como quiso, a pesar de que tenemos siempre tres o cuatro hombres de vigilancia. ¿Cómo te imaginas tú que vas a poder con esa clase de individuos?

Los ojos de Nick brillaron de pronto.

—Has pronunciado un nombre, papá. Repítelo, por favor.

—Norman Parry —dijo Ferman de mala gana.

—Eso es, Parry —exclamó el muchacho—. Es el tipo que lo dirigió todo. Cuando estaban juntos, él hablaba y los demás escuchaban y, aunque a veces objetaban sus palabras, acababan por obedecerle. ¡Parry es el jefe de esa cuadrilla de hijos de perra!

—¿Y qué? —preguntó Baynes—. ¿Vas a pegarle tú cuatro tiros? ¿Crees que los demás se ablandarían por ello? Hubo uno que estaba apuntando a tu padre con un fusil, mientras Parry hablaba con él. En cualquier momento, podría tenderte luego una emboscada...

—No habrá emboscadas —aseguró Nick—. En todo caso, seré yo quien la prepare y os aseguro que no fallaré. He encontrado el cebo necesario, para que Parry acuda a dejarse el pellejo. Y cuando haya acabado con él, los demás seguirán su camino... —Miró a su padre y se echó a reír—. Y Holbertown estará de nuevo en nuestras manos.

Hizo una corta pausa.

—Debo corregirme —añadió—. En «mis» manos.

Giró sobre sus talones y salió del despacho pisando fuerte. Ferman se levantó para detenerle, pero la mano de Baynes se apoyó en su hombro y le obligó a sentarse de nuevo.

—Sigue ahí, Harry —dijo.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Te has vuelto loco? Acordamos renunciar a Holbertown... y ahora que lo pienso, la idea fue tuya...

—Deja que el chico lleve adelante su plan. Debe curtirse, Harry. Tú empiezas a hacerte demasiado mayor.

—No me gusta esa idea —protestó Ferman—. Es un inexperto...

—Por eso, precisamente, debe adquirir experiencia. ¿Te parece poco lo que ha aprendido en estos ocho días de encierro?

—Pero son tipos muy duros, muy hábiles. Frente a ellos, duraría menos que un helado en el desierto de Mojave, a mediodía.

—Nick tiene una ventaja: no le esperan.

—A pesar de todo... Le esperen o no, detesto la idea...

—Harry, te guste o no —remendó Baynes—, vas a dejar que Nick haga lo que ha pensado, sea lo que sea.

Ferman se volvió en su asiento.

—¿Y si no quiero?

Tranquilamente, Baynes sacó una fotografía y la tiró sobre la mesa.

—Mira eso —indicó—. Puedes quemarla si gustas, pero piensa que tengo el negativo... y el negativo, a poco que te fijas, es de una película, en la que se te ve moviéndote como un auténtico actor de cine. ¿No recuerdas lo que sucedió aquel día?

Los ojos de Ferman estudiaron las imágenes inmovilizadas en la cartulina. Su rostro se tornó ceniciento en el acto.

—La tomaste tú... Estabas allí...

—En efecto, allí estaba —admitió Baynes tranquilamente.

—Y en todo este tiempo... nunca dijiste nada... —tartamudeó Ferman.

—Eras una potencia, un hombre todavía muy fuerte. No tenía prisa y, por otra parte, las cosas estaban saliendo bien. Pero ahora, justamente, cuando mejor marchaban, cuando podíamos hacernos ricos de verdad en muy poco tiempo, van unos cuantos chiflados y nos estropean el mejor plan que hemos concebido en la vida.

—Se te ocurrió a ti, no a mí, aunque yo te apoyase.

—Te agradó la idea de vengarte de Holbertown, ¿verdad? Bien, todavía estás a tiempo.

Deja que Nick haga lo más conveniente.

—¿Y si me lo matan? —gritó Ferman.

—Es un riesgo que debes correr... que debe correr él también. Si

lo matan, tú podrás continuar de nuevo con el plan primitivo.

—No puedo negarme, ¿verdad? —dijo el hombre desalentadamente.

Baynes volvió a señalar la fotografía.

—Lo hiciste por la espalda. Entrarías en presidio y sólo saldrías con los pies por delante —amenazó fríamente.

Ferman se tapó la cara con las manos. Estaba vencido, lo sabía y sabía asimismo que no podía hacer nada por evitarlo.

## CAPÍTULO VIII

—Vendré a buscarte mañana, para almorzar en el mismo sitio del otro día —dijo Parry. Ingrid sonrió feliz.

—Llevarás la tienda de campaña, supongo.

—No me la dejaría en casa por nada del mundo —rió él—. Además, tengo que tomar unas medidas, para que me hagan un proyecto de la casa que quiero construir allí.

—¿Eres topógrafo? —preguntó ella.

—Entiendo un poco. Te invitaría esta noche a cenar, pero tengo trabajo.

—¡No me digas!

—Hablo en serio. He decidido sentar la cabeza y volver a las andadas.

—¿Llamas volver a las andadas a trabajar?

—Aunque no me creas, sufrí una pequeña crisis. No mental, no pienses mal... Simplemente, me aburría... Además, tengo un hombre de confianza que lo hace todo por mí... Había trabajado con exceso y quería «lavarme» un poco el cerebro. Por eso estuve algunos meses haciendo el vago...

—Con una flauta, claro —rió Ingrid.

—Porque no sé tocar el piano o el acordeón. El caso era despreocuparme por completo de lo que hacía, sobre todo, si se piensa que yo fundé el negocio, lo hice andar, prosperó notablemente... Más o menos como tú, encanto.

—Está bien. Entonces, vendrás a buscarme mañana a las nueve.

—Desde luego.

—Pero esta vez me permitirás que sea yo quien prepare el almuerzo.

—Si tanto te empeñas...

—Quiero demostrarte que también sé cocinar, aparte de diseñar vestidos de moda. Sé puntual, querido.

Ingrid besó al joven en la boca y agitó la mano desde la puerta de su *boutique*. Parry subió al coche, se alejó y ella volvió al trabajo.

A las siete y media, terminada la tarea y despedidas ya las empleadas, cerró todas las puertas, conectó los sistemas de alarma y salió a la calle, para cerrar la entrada. Al terminar, giró sobre sus talones y entonces alguien la agarró por el brazo derecho y lo retorció a la espalda.

—Sigue hasta el coche que hay justo frente a ti —sonó una voz torva—. No grites, no hagas el menor movimiento o te deshago la cara a balazos.

Ingrid creyó que iba a desmayarse. Aunque no veía al dueño de aquella voz, la reconoció en el acto.

—¡Nick! —exclamó desmayadamente.

—Exacto, el mismo. Anda, entra en el coche... No hagas aspavientos, no llares la atención, si quieres vivir. ¡Vamos, aprisa!

Ingrid se sentía desconcertada, casi más que amedrentada, por lo que obedeció en el acto. Extrañada, se dio cuenta de que Nick se sentaba junto a ella, en el asiento posterior. No había nadie en el volante del coche y se preguntó quién lo iba a conducir.

De pronto, sintió un pinchazo en el brazo.

—¿Qué es eso? —exclamó.

Nick sonrió malignamente.

—Algo que te calmará los nervios antes de un minuto —contestó, a la vez que tiraba la jeringuilla usada al suelo del coche—. Tengo una pistola —advirtió—. Si crees que no voy a usarla, estás muy equivocada.

Ingrid quiso decir algo, pero no le salían las palabras. Pensó en Norman. ¿Por qué no estaba allí para ayudarla?

Sus ojos se volvieron hacia Nick. La sonrisa del muchacho se agrandó paulatinamente. Era una boca que crecía, crecía, crecía... y se hacía enorme...

«Me va a devorar», pensó, mientras se sumía en una profunda inconsciencia.

Sesenta segundos después, Nick colocó a la joven de modo que pareciera estaba sentada normalmente. Luego pasó al asiento delantero y accionó la llave de contacto.

En aquel momento, un hombre se inclinó hacia la trasera del coche.

—Señorita Ingrid —exclamó.

La muchacha, lógicamente, no contestó. El hombre llevaba uniforme de policía y frunció el ceño al darse cuenta de que el conductor no era Parry.

—Eh, ¿adónde va usted? —preguntó—. Salga del coche inmediatamente...

Lanzando una maldición, Nick sacó su revólver y disparó dos veces contra el desprevenido agente de policía. Éste abrió los brazos, dio un salto hacia atrás y cayó de espaldas sobre la acera.

El coche arrancó con un tremendo rugido. Antes de que los sorprendidos espectadores de la escena se hubieran percatado por completo de lo que sucedía, el vehículo se había perdido ya de vista.

\* \* \*

Estaba enfrascado en su trabajo, repasando unos proyectos que había encargado días atrás, cuando, de pronto, oyó que llamaban a la puerta.

Era ya un poco tarde y no esperaba a nadie, por lo que la llamada le extrañó sobremedida. Precavido, sin embargo, exploró a través de la mirilla, para evitar algún contratiempo. Su sorpresa fue enorme al ver a Penrey en el umbral.

Abrió la puerta.

—¡Paul! ¿Qué diablos haces aquí, a estas horas? —exclamó—. Ah, has salido a dar una vuelta y quieres tomar un trago conmigo...

De pronto, se calló. En el semblante del policía aparecía una inusitada expresión de gravedad.

—Más bien serás tú quien lo necesites —sugirió Penrey—. Tengo malas noticias para ti, Norman.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Ha sucedido algo grave?

Penrey cruzó la estancia y abrió una botella.

—No debo andarme con rodeos —contestó—. Han raptado a Ingrid.

El joven abrió la boca.

—Estás de broma, Paul.

—Ojalá se tratase de una broma, Norman. A la señora Evans le gustaría que fuese una broma.

—No conozco a tal señora Evans...

—Es la viuda del agente que, según parece, quiso evitar el rapto. Ocurrió a las siete y media, aproximadamente.

—¿Y me lo dices ahora, cuando ya han pasado cuatro horas? —rugió Parry.

Penrey llenó dos copas.

—Cálmate, Norman. Hemos tardado un poco en saber con detalle lo ocurrido. Hasta hace apenas veinte minutos, no se presentó un testigo que dijo haber reconocido al secuestrador. Era Nick Ferman.

—Nick —murmuró Parry—. El chico quiere vengarse, ¿eh? —Sí parece. Lo peor de todo es que ha muerto un inocente...

—Lo siento terriblemente, Paul. Haremos lo que sea por la viuda, pero por desgracia, eso ya no se puede remediar. Hemos de rescatar a Ingrid, antes de que ese demente cometa una barbaridad.

—Lo malo es que no contamos con ninguna pista. Todo sucedió muy rápidamente y cuando los otros agentes quisieron acudir, Nick había desaparecido ya.

—¿Se sabe de algún cómplice?

—Nada. Te he contado todo lo que hemos podido averiguar. Pero yo tengo una hipótesis.

—¿Sí, Paul?

—Nick quiere vengarse, eso es seguro. Tú fuiste quien llevó el peso del asunto. Te vio una vez con Ingrid y, estoy convencido de ello, tiene informes sobre lo que hay entre vosotros dos. Por tanto, hará que acudas a rescatarla.

—Y eso es lo que haré —afirmó Parry.

—Pero Nick te tenderá una trampa y acabará contigo.

El joven sonrió.

—¿Lo crees así, Paul?

—No puede ser de otro modo, Norman. Querrá que vayas a buscar a Ingrid, te aguardará bien escondido y, cuando intentes liberarla, te acribillará a balazos.

—Puede que sí, puede que no, pero yo tengo otros proyectos. Nick ha actuado, suponiendo que yo lo haré de una forma determinada. Naturalmente, no voy a obrar como él se imagina que

lo haré.

—¿Has tenido alguna idea, Norman? —inquirió Penrey.

El teléfono sonó en aquel momento. Parry levantó el auricular.

—Diga...

—¿Parry? —preguntó una voz algo chillona.

—Sí, el mismo.

—Bien, amigo. Supongo que sabe quién le habla.

—Nick Ferman, claro.

—Exacto, hermanito. A estas horas ya sabrá que tengo a la chica en mi poder.

—Está bien. ¿Cuáles son sus condiciones?

—No tenga prisa, Parry. Me he parado momentáneamente para telefonar, pero aún no he llegado a mi escondite. Ya le llamaré dentro de cuarenta y ocho horas y le diré qué tiene que hacer para rescatar a su amiga. Mientras tanto, búsquese un cómodo sillón y espere sentado.

—Nick, voy a decirle una cosa. Iré a buscarla, cierto, pero no la toque. No le cause el menor daño o todo lo que le dijimos cuando lo teníamos prisionero será realidad. ¿Me ha oído?

—¡Me tuvieron encerrado ocho días! —aulló Nick—. Tiene que pagarlo, ¿me ha entendido? Lo pagará... aunque sea lo último que haga en mi vida.

Sonó un violento chasquido. Parry devolvió el teléfono a su sitio.

—No sabremos nada hasta dentro de cuarenta y ocho horas —murmuró, mirando a su amigo.

—He oído algo de lo que ha dicho al final. Ese chico está loco de atar —manifestó Penrey sombríamente—. Hace algún tiempo, oí rumores acerca de su estado mental, pero no me preocupó, porque no vivía en Holbertown. Ahora, en cambio, las cosas son distintas...

Parry alargó las dos manos.

—Si la roza siquiera, lo destrozaré —dijo airadamente—. Le arrancaré todos los miembros, uno a uno...

—Norman, ¿por qué no te calmas? —sugirió el policía.

El interrogado se pasó una mano por la frente.

—Tienes razón —suspiró—. Bien, voy a cambiarme de ropa. Nick tiene su estrategia y yo actuaré de acuerdo con la mía.

—¿Qué piensas hacer?

El joven se encaminó directamente a su dormitorio.

—Hablar con el padre de la criatura —respondió.

\* \* \*

Harry Ferman dormía profundamente, cuando sintió un ligero cosquilleo en la nariz, que le hizo estornudar un par de veces.

El cosquilleo se repitió. Ferman parpadeó y entonces se dio cuenta de que la luz de la cabecera de la cama estaba encendida.

Maquinalmente, miró el reloj de sobremesa. Aún no habían dado las cinco de la mañana y estaba seguro de haber apagado la luz al acostarse...

De pronto, vio al hombre sentado en el borde de la cama, con un revólver en la mano.

—Hola —sonrió Parry.

Ferman se sentó de golpe.

—¡Usted! —Gruñó—. ¿Qué diablos quiere ahora?

—El hijito de papá ha secuestrado a una joven con la que quiero casarme. ¿Lo sabía usted?

Ferman se quedó estupefacto.

—Conque eso es lo que ha hecho... —murmuró.

—Ah, de modo que usted sabía que iba a hacer algo —exclamó el visitante.

—Se lo prohibí. Le dije que se quedase quieto, que aceptase la lección recibida, pero no quiso hacerme caso...

—Vamos, vamos, Ferman, ¿quién va a creer ese cuento?

—Se lo juro. Nick se sentía terriblemente humillado... Convendrá conmigo que tenía razones para ello.

—Claro, claro. Va a robar a la gente decente, se lo impiden y encima se siente humillado. Oiga, pero ¿qué clase de tipos son ustedes? ¿Es que se piensan que, por ser más guapos o más fuertes, pueden avasallar impunemente a las personas honradas?

Ferman se pasó una mano por la boca.

—Quiero rebelarle una cosa, Parry, aunque no me crea. Es cierto que yo sacaba el dinero a la gente de Holbertown, pero la idea no fue mía...

—¿Se burla de mí? ¿Va a declararse ahora inocente de lo que sucedió? —inquirió Parry furiosamente.

—No, no, pero si usted conociera toda la verdad...

—Bien, ¿por qué no me la dice, en tal caso?

—No puedo.

Parry se quedó mirando fijamente a su interlocutor.

—Ferman, no se burle de mí —advirtió—. No creo una sola palabra de lo que acaba de decirme, pero, en el fondo, eso tampoco importa demasiado en estos momentos. Lo que me interesa verdaderamente es saber dónde tienen a la señorita Rockfort.

—Lo ignoro —contestó el dueño de la casa.

Parry hizo una profunda inspiración. Luego amartilló el revólver y, levantándolo, acercó la boca del cañón a la frente de Ferman.

—Dígamelo —exigió—. Dígamelo o juro que le mato aquí y ahora mismo.

Desesperado, Ferman extendió los brazos.

—Está bien, apriete el gatillo si quiere. Pero ni vivo podré decirle algo que desconozco por completo. ¿O es que no se da cuenta de que Nick se ha independizado por completo en este asunto?

El joven empezó a creer que Ferman decía la verdad.

—El aprendiz de brujo ha empezado a actuar por su cuenta, ¿eh?

Ferman asintió.

—Y, me crea o no, en contra de mi voluntad —aseguró.

De pronto, Parry recordó lo que el otro había dicho momentos antes.

—Ferman, empiezo a sospechar que en el asunto de Holbertown había alguien más. ¿Me equivoco?

Los labios de Ferman se contrajeron. Parry retiró el revólver y, en el mismo instante, sintió un espantoso ruido en el interior de su cráneo.

Vagamente, pero durante una cortísima fracción de tiempo, se dio cuenta de que iba a perder el sentido y que no podía hacer nada por evitarlo. Cayó de bruces sobre la cama, resbaló al suelo, y quedó tendido e inmóvil.

## CAPÍTULO IX

Ferman saltó de la cama y miró un instante al hombre que, envuelto en una bata, había aparecido tan oportunamente.

—Burt, ¿qué piensas hacer? —preguntó.

Baynes contempló un momento al caído.

—Hemos de deshacernos de él —expresó.

—Por Dios, Burt, no cometas una imprudencia...

—¡Cállate! —rugió Baynes—. A partir de este momento, soy yo quien da las órdenes, ¿comprendes?

—Pero ¿es que no te das cuenta? ¿Crees que Parry ha venido solo? La última vez vino acompañado por un amigo, que me disparó varias veces...

—Esta vez ha venido solo. He oído casi todo lo que se ha dicho en este dormitorio. No le ha acompañado nadie.

—Nick ha secuestrado a su prometida.

—Claro, era lo que debía hacer —rió Baynes.

—¿Te lo dijo a ti?

—No, pero estimo que ha sido una jugada estupenda. Sospecho que Nick le llamará para decirle dónde debe ir, con el objeto de acribillarle a balazos, apenas lo tenga a la vista. Bien, yo le ahorraré ese trabajo.

—A Nick no le gustará...

—¡Me importa un rábano! —gritó Baynes, descompuesto—. Han sido demasiados años de actuar para un tipo estúpido como tú... y ahora, el hijito de papá, quiere demostrar que sabe tanto como los hombres expertos en estos asuntos. Bien, que haga lo que quiera con la chica. Yo tengo otros planes y los llevaré a cabo, cueste lo que cueste, ¿me has oído?

—¿Cuáles son esos planes, Burt? —quiso saber Ferman.

—Holbertown es una mina de oro. Una población pequeña, pero sumamente próspera. Parry era el jefe de los que te derrotaron. ¿Qué crees que harán los demás, cuando sepan que su jefe ha muerto? Se acobardarán, seguro; no tendrán ya iniciativa y aceptarán todo lo que yo les ordene, ¿comprendes?

—Burt, yo no...

Baynes le apuntó con el revólver que había utilizado para golpear a Parry.

—Tú serás el jefe nominal. A fin de cuentas, tienes un prestigio que no se puede olvidar. Pero harás exactamente todo lo que yo te ordene o tendrás que atenerte a las consecuencias.

Baynes se acercó a la puerta y silbó fuertemente un par de veces. A los pocos momentos, entraron dos hombres en el dormitorio.

—Llevallo al sótano. Hay que atarlo bien. Uno de vosotros se quedará con él, vigilándolo constantemente.

Los esbirros se llevaron a Parry sin pronunciar una palabra. Acto seguido, Baynes se volvió hacia el dueño de la casa.

—Ven, sígueme.

Ferman, desmoralizado, caminó detrás de su secretario. Baynes le condujo al gran salón de la planta baja.

—Siéntate —ordenó.

Durante unos minutos, sólo hubo silencio en la estancia. Luego, Baynes puso en funcionamiento el proyector de cine que había en un rincón y que estaba situado ahora en el centro y frente a una pantalla blanca.

Los ojos de Ferman se desorbitaron al verse a sí mismo, pero con diez años menos, hablando con un individuo recio y fornido. Éste parecía muy enojado y, de pronto, se volvió como para marcharse del lugar en que discutía con Ferman.

Entonces, Ferman sacó un revólver y disparó tres veces contra el otro, quien se desplomó en el acto de bruces al suelo. Inmediatamente, Ferman guardó el revólver y echó a correr.

La pantalla se apagó. Baynes soltó una risita.

—Tengo el negativo guardado en lugar seguro —previno—. ¿Te gustaría que la Policía de Holbertown recibiese una copia de esta película?

—¿Cómo pudiste hacerlo? —murmuró Ferman, abrumado—. Siempre creí que eras mi mejor amigo...

—Sabía que el tipo iba a visitarte y me preparé para ello. Podía no suceder nada, pero también podía ocurrir que la visita terminase de mala manera, para uno o para otro. Terminó mal para el otro y... en fin, esto es como invertir en unos terrenos improductivos, que luego se venden, al cabo de diez años, con unos beneficios muy elevados. ¿Estás de acuerdo en obedecer cuanto yo te diga?

Ferman bajó la cabeza.

—Pero Nick, cuando lo sepa...

—El chico no tiene por qué enterarse. Además, ha querido actuar como un hombrecito. Bien, que cargue con las consecuencias, si algo sale mal.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Por el momento, dejaremos que la temperatura baje en Holbertown. Luego, volveremos a la carga, pero por otro método que he ideado y que es mucho mejor que el anterior. Ya te lo diré en su momento.

—¿Qué pasará con Parry?

Baynes miró hacia la ventana, a través de la cual se veía ya la luz del amanecer.

—Es un poco tarde para actuar ahora. Cuando se haga de noche, los chicos se lo llevarán muy lejos... a un viaje sin vuelta —respondió con siniestro acento.

\* \* \*

Parry despertó después de transcurrido un tiempo cuya duración no se atrevió a calcular, con un terrible dolor de cabeza, que le hizo sentir vértigos y mareos durante un buen rato.

Luego, poco a poco, empezó a recobrase. Aunque persistía el dolor de cabeza y se notaba una hinchazón en el lugar donde había recibido el golpe, podía imaginarse lo ocurrido.

Se apostrofó a sí mismo por haber sido tan descuidado, pero los reproches, se dijo, no solucionaban nada.

Ahora lo que le interesaba era salir de aquella crítica situación. Notó que estaba atado de pies y manos, éstas a la espalda. La escapatoria, pensó, iba a resultar mucho más difícil en aquellas condiciones.

Dejó pasar casi una hora, antes de intentar hacer nada. Había

abierto ya los ojos y podía darse cuenta del lugar en que se hallaba, un sótano, sin la menor duda. En el techo había encendida una lámpara, sin pantalla. El suelo era de cemento y las paredes de ladrillo visto, una construcción bastante antigua, pero sólida y resistente.

Había un par de ventanas a ras de techo, que imaginó se hallaban al nivel del suelo exterior. Estaban protegidas por unos barrotes y tela metálica, ésta, supuso, para impedir la entrada de roedores y otras bestias merodeadoras. Vio también algunos muebles desechados, un par de cajones vacíos y algunas herramientas de jardinería.

Las cuerdas que le sujetaban eran delgadas, pero sólidas. Debían de proceder de alguna cortina y, aunque le hacían daño, se felicitó porque no le hubieran colocado esposas de metal.

En un viejo butacón, con el tapizado agujereado por algunos sitios, estaba su vigilante, un tipo malcarado, con una pistola sobre las rodillas. El tipo había sonreído al verle despertar, pero no hizo el menor comentario.

El tiempo transcurrió lentamente. Su vigilante no despegó los labios en ningún momento ni Parry hizo tampoco el menor comentario. Sabía que sería inútil. Se imaginaba de sobras lo que pretendían hacer con él. Podía darse cuenta del paso del tiempo por la luz del día que entraba a través de las ventanas que eran más bien respiraderos.

Por la noche, calculó, se lo llevarían a algún lugar, de donde no regresaría jamás. Lo único que lamentaba era no poder acudir a la cita que, sin duda, Nick Ferman iba a darle cuarenta y ocho horas más tarde, contando desde las nueve de aquel mismo día.

Imaginándose a Ingrid en poder de aquel demente individuo, se enfureció unos momentos, pero luego procuró tranquilizarse. La ira constituía un factor negativo. Era preciso mantener la mente serena. Ya encontraría un medio para solucionar aquel problema.

Poco después de mediodía, se abrió la puerta del sótano y entró un individuo.

—Hola —dijo—. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Todo está tranquilo —respondió el vigilante—. Nuestro amigo no ha despegado los labios.

—Le gusta meditar en silencio —rió el recién llegado—. Bueno,

puedes marcharte a almorzar. Yo me quedo...

De pronto, bostezó.

—¡Uf, me caigo de sueño! —agregó—. Vaya nochecita, tú.

El vigilante se marchó y el otro ocupó su puesto. Miró al prisionero y sonrió.

—No te preocupes por tus padecimientos, no serán eternos —dijo.

Arrellanándose en el sillón, cruzó las piernas y se pasó el índice por la garganta.

—A la noche... —sonrió siniestramente.

Parry continuó guardando silencio. Lo único que hacía, de cuando en cuando, era cambiar de postura, si se sentía incómodo. Empezaba ya a sentir frío en las manos. Las ligaduras le oprimían las muñecas demasiado, pero no suplicó que se las aflojasen. Si iban a matarle por la noche, no le evitarían incomodidades.

Esperó, paciente. El esbirro volvió a bostezar.

Eructó un par de veces. Debía de haber hecho una buena comida, calculó Parry.

Pasó un buen rato. De pronto, Parry oyó un inesperado sonido.

El vigilante roncaba, apreció, asombrado. Había esperado algo por el estilo, pero no se imaginó que el sujeto hubiese caído en un sueño tan profundo.

Entonces decidió que era hora de pasar a la acción. Tendido de costado, encogió las piernas hasta que las rodillas le tocaron el mentón. Luego empezó a pasar las muñecas una por una por debajo de los pies.

Sudó copiosamente, pero acabó por conseguirlo. Entonces, muy despacio, procurando no hacer un movimiento en falso, se puso primero de rodillas y luego en pie, tras realizar una poderosa flexión.

El matón continuaba dormido. Parry se le acercó a saltitos, con las manos en alto. Pero entonces se dio cuenta de que, a pesar de todo, su posición no resultaba todo lo ventajosa que necesitaba.

Meditó unos segundos. Luego, sonriendo, dijo:

—Eh, tú, despierta...

Tal como había calculado, el vigilante abrió los ojos. Su asombro fue enorme al ver a su prisionero en pie, frente a él. Despegó la cabeza del respaldo del sillón, al mismo tiempo que metía la mano

en el interior de la chaqueta.

Era lo que Parry había esperado. Con la cabeza algo adelantada, el golpe, asestado con los puños en el lado derecho, resultó tremendamente efectivo. El hampón se desplomó fulminado, sin lanzar un solo grito.

Parry se arrodilló a su lado. Todavía con las manos ligadas, empezó a registrarle, rasgando en ocasiones la tela de los bolsillos. Cuando encontró lo que buscaba, lanzó un suspiro de alivio.

La navaja automática se desplegó al oprimir el resorte de apertura. Parry se sentó en el suelo y la sujetó con los pies, el filo en dirección opuesta a su pecho. De este modo, el corte de la cuerda resultó mucho más fácil.

Cuando tuvo las muñecas libres, estuvo a punto de emitir un grito de dolor, al irrumpir la sangre casi con violencia en unas manos que casi carecían de tacto. Hubo de esperar todavía unos minutos, hasta que pudo mover los dedos satisfactoriamente.

Entonces cortó las ligaduras de los tobillos, pero le sucedió lo mismo. Antes de sentirse en completa libertad de movimientos, transcurrió un largo cuarto de hora.

El vigilante empezó a moverse. Parry se apoderó de su pistola y comprobó la carga. La puerta del sótano se abría hacia dentro, pero, calculó, no estaba cerrada con llave exteriormente.

El vigilante se quejó. Parry decidió que no podía salir de allí, dejando a un tipo que pudiera dar la alarma.

Unos minutos después, el sujeto yacía atado y amordazado en el suelo. Le puso las manos a la espalda; era un individuo poco dado a los ejercicios físicos y sin la suficiente flexibilidad para hacer lo mismo que él y pasar las manos delante del cuerpo.

Cuando se disponía a salir, alguien, inesperadamente, abrió la puerta del sótano.

\* \* \*

Con los pies separados y la pistola sujeta con ambas manos. Al verle suelto y armado, Ferman dio un respingo.

—Lo ha conseguido —comentó.

—Ya puede ver —sonrió el joven—. Soy un chico listo.

—No me cabe la menor duda. Es una lástima, porque no me va a

creer. Precisamente yo venía a soltarle.

—¿Sí? No me diga que se ha vuelto bueno de repente. Después de dejarme suelto, ¿pensaba ir a un convento a expiar sus culpas, tomando el hábito trapense?

—Es usted injusto conmigo —se quejó Ferman—. Soy sincero, se lo juro.

—Ya —contestó Parry, sarcástico—. Es muy bonito hablar a toro pasado, ¿eh?

Ferman no hizo caso de la indirecta.

—Quiero hacer un trato con usted —manifestó sorprendentemente.

## CAPÍTULO X

Durante unos segundos, sólo hubo silencio en el sótano. Luego, Parry, dándose cuenta de que la puerta seguía abierta, caminó lateralmente, sin perder de vista a Ferman, y la cerró.

Presentía que el sujeto hablaba con veracidad y quería escucharle.

—Tiene una pistola encima —dijo.

—Voy a dejarla en el suelo —anunció Ferman.

Muy despacio, sacó el revólver, se inclinó y lo dejó sobre el cemento. Luego se enderezó y le miró con fijeza.

—Mi chico tiene a su prometida —dijo.

—Eso es. ¿Qué sabe usted?

—Nada. Me crea o no, lo hizo sin consultarme.

—Es posible. ¿Cuál es el trato?

—Ignoro dónde pueden estar, aunque supongo el lugar. No estoy seguro; sólo me lo imagino. Yo se lo digo a usted y le doy detalles para que pueda sorprenderle sin daño para nadie.

—Y después lo dejo suelto, para que, cualquier día, venga a buscarme y me pegue un tiro por la espalda.

—No lo hará —aseguró Ferman—. Lo he pensado muy bien. Nos marcharemos inmediatamente, muy lejos de aquí.

—Me está proponiendo que suelte a un tipo que puede ser condenado a cadena perpetua...

—Nick es capaz de cualquier cosa. Sí usted no acude, la matará. Puede evitarlo; está en sus manos, pero necesito que me dé su palabra de que hará lo que le pido. —Supongamos que consigo liberar a la señorita Rockfort. ¿Y si Nick se niega a volver con usted?

—No tendrá otro remedio que hacerlo. Usted le persuadirá para

que acuda a reunirse conmigo.

—¿Por qué no me acompaña usted?

—No puedo.

Parry frunció el ceño. Ferman le ocultaba algo, supuso.

—Diríase que alguien le tiene agarrado por el pescuezo —insinuó.

Los labios de Ferman se contrajeron. Parry adivinó que su tiro había dado en el blanco.

—Alguien tiene pruebas contra usted...

El dueño de la casa continuó guardando silencio. Parry reflexionó profundamente.

—¿Qué diablos puede ser? —murmuró.

De súbito, recordó algo que había oído días atrás.

—Se rumorea que usted mató a un policía en Holbertown, pero pudo presentar coartada y salió absuelto —exclamó.

—Era un cerdo, un bastardo, un maldito ladrón con uniforme —barbotó Ferman.

—Luego lo admite.

—Ya no tengo motivos para negarlo. Sí, lo maté y, aunque usted no lo crea, muchos se sintieron contentos al saber que había muerto un venal jefe de Policía. Pero, claro, era un representante de la ley y yo no tenía pruebas suficientes para acusarle. El, en cambio, sí las tenía contra mí.

—Supongo que luego las recuperó...

—En apariencia, éramos buenos amigos. Por eso, su mujer no se extrañó de que fuese a su casa inmediatamente. Ella misma declaró que, a la hora en que se suponía había sido asesinado su marido, yo estaba haciéndole compañía, esperando su regreso. Mientras me preparaba café, busqué los documentos en su despacho privado. Luego los quemé, naturalmente.

—Usted me ha hablado de un trato. ¿Incluye también la muerte del policía?

—Ya me gustaría, pero sería inútil —contestó Ferman.

—¿Por qué? ¿Hay pruebas de que lo hizo?

Ferman inspiró profundamente. De nuevo Parry creyó adivinar la respuesta.

—Las tiene Baynes —musitó.

—Si —admitió el otro.

—¿No puede recobrarlas?

—¿De qué me serviría, si no recobro también el negativo?

—Oh, comprendo...

—Deje este asunto en mis manos, Parry. Usted ocúpese de que no le pase nada al chico. —A menos que haya causado algún daño a la señorita Rockfort.

Ferman agachó la cabeza.

—Espero que se haya portado con un mínimo de sensatez —manifestó—. Bien; de todos modos, creo que no tengo otro remedio. Escúcheme, Parry: yo sospecho que Nick se fue a una casa ahora abandonada, porque hace años que no la utilizo. Está en un lugar demasiado retirado y acabé por no ir, ya que había perdido el interés por ella. —Perfectamente. Nick lo sabía, ¿verdad?

—Bueno, algunas veces se llevó a una amiguita... ¿Conoce el lugar denominado Three Peaks?

—Me suena —contestó el joven.

—Se llega por una carretera que parte de un punto situado al oeste de Fairdale, a unas dos millas. La cabaña está en la falda de un cerro, detrás del cual están los tres picos que dan nombre al lugar, tres cumbres no muy altos, pero perfectamente reconocibles. Bien, deje el coche a una milla, donde acaba la parte más espesa del bosque y vaya por detrás. Hay allí un pequeño telescopio y Nick podría verle llegar desde una gran distancia.

—De acuerdo. Voy allí, libero a la chica y...

—Y le dice a Nick que se reúna conmigo en Fairdale, en el Red Horse. Eso es todo.

—Nick puede negarse —adujo Parry.

—Lo hará. Sabe lo que le conviene. A menos que quiera enfrentarse con una condena de veinticinco años.

—Está bien. ¿Tiene Baynes las pruebas contra usted?

El silencio de Ferman era sumamente explícito.

Parry sonrió.

—Debo darle las gracias —dijo, a la vez que se acercaba a la puerta.

—Usted jugó sus cartas muy inteligentemente y me ganó la partida. El tipo que oyó los tambores vino muerto de miedo —dijo Ferman, sonriendo por primera vez.

—Un poco de guerra psicológica suele dar buenos resultados.

Adiós...

—¡Espere! —exclamó el sujeto—. ¡Le acompañaré!

Ferman se acercó a la puerta y la abrió. Después de escuchar unos momentos, hizo un gesto con la mano.

—Vamos, el paso está libre —invitó.

Parry siguió al hombre y, subiendo ambos por una escalera, llegaron al vestíbulo. En el mismo instante, sonó un aullido:

—¡Harry!

El joven se volvió, pero no con la suficiente rapidez para evitar el disparo que abatió a Ferman contra el suelo del vestíbulo.

\* \* \*

La detonación repercutió fragorosamente en el interior de la casa. Parry dio un enorme salto hacia adelante, se lanzó al suelo de cabeza, rodó varias veces sobre sí mismo y luego se volvió hacia lo alto de la escalera que conducía al primer piso.

Las balas disparadas sucesivamente desde allí arrancaron chillonas esquirlas del embaldosado blanco y negro del pavimento. Al fijarse un instante en el suelo, mirando hacia arriba, Parry vio a Baynes con un arma en la mano.

Disparó dos veces, antes de que el otro asegurase la puntería. Baynes lanzó un agudo grito, casi infantil, manoteó desesperadamente y se inclinó sobre la barandilla. Trató de mantenerse en el corredor, pero, de súbito, le venció el peso de la parte superior de su cuerpo y volteó en el aire, para acabar estrellándose contra el suelo.

Parry se incorporó en el acto. Miró a Ferman. Yacía de bruces y su sangre manchaba de rojo las baldosas blancas. De pronto, oyó ruido en la entrada y se revolvió ferozmente.

El hombre entró con una pistola en la mano.

—¡Tira el arma! —ordenó Parry.

El recién llegado respingó. Vio en un instante los dos cuerpos ensangrentados y soltó la pistola. Luego alzó las manos.

—No quiero jaleos —manifestó.

Era el mismo que le había estado vigilando durante toda la mañana. El sujeto parecía aturdido al apreciar aquel radical cambio de situación.

—¿Hay más hombres fuera? —preguntó Parry.

—No. Había dos más, pero el señor Baynes los envió lejos. No sé cuándo vendrán...

—¿Adónde los envió?

—Creo que les dio orden de buscar al hijo del señor Ferman, pero no sé más.

—Está bien. Pon las manos sobre la cabeza y camina delante de mí. Al sótano.

El sujeto obedeció. Parry vio la llave en la puerta y, tras darle un par de vueltas, se la llevó consigo. Los prisioneros se soltarían, pero él ya estaría muy lejos.

La casa de Ferman estaba rodeada por un extenso jardín. Nadie habría oído los disparos, supuso.

Cuando volvía al vestíbulo, vio que Ferman se movía débilmente. Al inclinarse hacia él, vio el orificio de la bala en su espalda.

—¿Parry? —susurró Harry con un hilo de voz.

—Sí. Escuche, Ferman; llamaré a un médico...

—No... no es necesario... Estoy acabado...

—Baynes ha muerto.

Ferman tosió y soltó una risita.

—En... el infierno... no podrá apretarme las clavijas... Óigame; en el salón... proyector de cine...

Un hilillo de sangre brotó de la boca de Ferman. Su mejilla derecha se pegó al suelo. —Nick...— gimió.

Se estremeció un momento y luego, tras un largo suspiro, se quedó inmóvil.

Parry meneó la cabeza. Aquel hombre había muerto pensando en su hijo. Pero había vivido, dando constantemente un mal ejemplo a su vástago. ¿Podía esperar que Nick obra se con rectitud?

Lentamente, se puso en pie.

—De todos modos, cumpliré mi promesa, aunque no pueda reunirse contigo en Fairdale —murmuró, como si el muerto pudiera escucharle.

Iba a marcharse ya, cuando, de pronto, recordó una frase pronunciada por Ferman.

«El salón... proyector de cine...». ¿Qué había en el aparato?

Tenía tiempo. Ahora podía ver su reloj; eran apenas las tres de la

tarde. Corrió hacia el salón, vio el proyector en un rincón, con la pantalla enrollada al lado, y se dispuso a ver lo que había en el rollo.

Minutos después, contemplaba una escena asombrosa.

—Baynes era un tipo muy astuto —dijo, al terminar la proyección, mientras sacaba el rollo de película. A Paul Penrey le gustaría verlo, pensó.

\* \* \*

Penrey, Clune y alguno más contemplaron las escenas que Parry les hizo ver en su propia casa, aquella misma noche.

—Entonces, era cierto —dijo Penrey, una vez acabada la proyección—. Ferman mató al jefe Harriman.

—Yo no le conocí; entonces, no vivía aún en Holbertown —manifestó el joven—. De todos modos, ha purgado ya su culpa. Ahora lo que interesa es el rescate de Ingrid.

—¿Qué planes tienes, Norman? —preguntó Clune.

—Nick llamará pasado mañana, a las nueve, para dictarme las condiciones del rescate. Iré yo solo, pero no en la forma que él espera, ni tampoco pasado mañana, sino mañana mismo.

Penrey alzó su mano.

—Ese plan tiene un inconveniente —alegó.

—Dime, Paul —pidió el joven.

—Imagino que sabes dónde está ella...

—Me lo dijo su padre.

—¿Lo sabía él?

Parry se mordió los labios.

—Lo estimaba probable —contestó.

—Eso quiere decir que no es seguro. Norman, ¿qué pasará si no están en el lugar que te indicó Ferman?

—Bueno, podría ir y venir en el mismo día... Hacer averiguaciones no costaría mucho, supongo.

—Bien, pero imagínate que te sucede algo. Tienes que prever todas las eventualidades, Norman. Puede suceder que te retrases y que no estés aquí a la hora mencionada por Nick. ¿Qué pasaría si Nick llama y no le contestas?

—La verdad, no había pensado en ello... Di por seguro que

estarían en Three Peaks...

—¡Three Peaks! —repitió Malamud, con un sobresalto—. Hay más de doscientas millas. Dudo mucho de que puedas ir y venir en el mismo día, Norman.

El joven se sintió desalentado.

—Tendré que conseguirlo, sea como sea —respondió.

Penrey volvió a hacer un ademán.

—Puede haber una solución. Alguien contestará por ti y simulará aceptar sus condiciones... si no has rescatado ya a Ingrid.

Parry miró a su alrededor.

—¿Quién? —consultó.

Goohett carraspeó.

—Yo —respondió—. Cuando era un imberbe estudiante, intervenía en las funciones teatrales del colegio. Imitaba las voces de personajes célebres y se me daba bastante bien.

—¿Por qué no continuaste? —preguntó Parry, sonriendo.

—Papá era muy rico. ¿Para qué trabajar, si podía vivir de su dinero? —contestó Goohett con una gran carcajada.

Parry rió también. Era una exageración de su amigo; pocos había tan trabajadores como él.

—De acuerdo, Bill; tú serás yo... si llama Nick.

Penrey se puso en pie.

—Me llevaré el rollo de película —anunció—. ¿Cuándo piensas salir hacia Three Peaks?

—Debo descansar un poco, pero madrugaré para partir al amanecer y llegar allí antes de mediodía.

—Ten cuidado. Nick es ahora una serpiente de cascabel a la que acabas de pisarle, precisamente, la cola.

—Lo sé, Paul.

Todos los amigos de Norman salieron a la calle. Una vez fuera, Penrey se volvió hacia los otros.

—Hemos de tener cuidado con el chico. Está loco por Ingrid, y se comprende; es una chica preciosa. Ello puede conducirlo a cometer alguna imprudencia.

—Estoy de acuerdo contigo —manifestó Clune—. ¿Qué hacemos?

Penrey se volvió hacia Lahann.

—Eres el mejor tirador del grupo —dijo—. Sigue a Norman

discretamente y procura protegerle.

—Lo haré —prometió el aludido.

Penrey agitó la mano con la que sostenía el rollo de película.

—Un caso satisfactoriamente resuelto —dictaminó.

—La ciudad se ha ahorrado los gastos de un juicio —sonrió Malamud.

—El ahorro es una virtud —ponderó Clune sentenciosamente.

Lahann se echó a reír.

—Nada me gustaría más que saber que Norman ha acabado con nuestros problemas. También nos ahorraría muchos dolores de cabeza, ¿no es así, muchachos?

—Antes de que eso suceda, es posible que tengamos que consumir muchas tabletas de analgésico —vaticinó Penrey.

## CAPÍTULO XI

Ingrid despertó por la mañana y lo primero que oyó, como sucedía desde hacía muchas horas, fue el tintineo de la cadena que unía los grilletes que sujetaban sus tobillos.

Nick había previsto el secuestro con antelación, se dijo. Los grilletes que le puso una vez llegados al lugar donde la retenía, así lo demostraban.

Podía moverse, pero no correr. Para ir de un lado a otro, tenía que dar pasos muy cortos. Aunque sus manos estaban libres, la fuga era poco menos que imposible.

En la casa, vieja, sucia y en un estado indescriptible, reinaba un silencio total.

Nick dormía en una habitación contigua. Milagrosamente, la había tratado con cierta benignidad, aunque en un par de ocasiones la había zarandeado con violencia cuando ella protestó por lo que consideraba alguna vejación.

Por la noche, Nick se había emborrachado. Había una radio en la casa y ella la había escuchado hasta cerca de la media noche. Debía de dormir la borrachera, calculó.

Sentada en la cama, calculó sus posibilidades de fuga.

El coche en que habían viajado estaba en la trasera del edificio. Al otro lado, el cerro terminaba en una brusca pendiente. Desde la fachada, se podía divisar el sendero que ascendía serpenteando por la ladera. Había árboles, pero eran relativamente escasos y la visibilidad hasta el borde del bosque era bastante buena.

Movió un poco los pies, con las manos en la cama. De pronto, entornó los ojos.

Mentalmente, se situó tras el volante de un coche. El pie derecho se apoyó imaginativamente sobre el pedal del acelerador. Iba a

demasiada velocidad y lo pasó al freno, para reducir.

—Gas, freno... —murmuró.

El coche tenía cambio automático. No necesitaría utilizar el pie izquierdo para actuar sobre el pedal de embrague.

Apoyó el tacón en el suelo. Prácticamente, con un pequeño giro podría realizar las maniobras de control.

—Y como tengo las manos libres para el volante...

Podía escapar, era cierto. Nick había dejado entrever sus propósitos; quería atraer a Norman a una trampa, para matarle. Estaba segura de que lo haría si se le presentaba la más mínima oportunidad. Era terriblemente rencoroso y quería desquitarse de la humillación sufrida, cuya culpa achacaba al hombre a quien ella amaba con todas las fuerzas de su alma.

Resuelta a todo, se puso en pie y dio unos pasitos hacia la puerta, que, por fortuna, nunca estaba cerrada con llave. Pero entonces se dio cuenta de algo que podía dar al traste con sus posibilidades.

La cadena hacía demasiado ruido. En un lugar tan silencioso, el tintineo de los eslabones parecía tan estruendoso como el de las campanas de una catedral.

Mordióse los labios, preocupada y, al mismo tiempo, irresoluta. ¿Qué podía hacer para evitarlo?

Al cabo de unos segundos, se volvió hacia el camastro. La manta era demasiado gruesa...

—La sábana —murmuró a media voz.

Era ya vieja y el tejido, si no podrido, se hallaba en muy malas condiciones. No le resultó difícil cortar una ancha tira, del largo suficiente para envolver la cadena y aún enrollarla en ambos tobillos, sin restar longitud, que pudiera impedirle la relativa libertad de movimientos de que disfrutaba.

Otro problema se le planteó cuando ya abría la puerta del dormitorio.

¿Estarían las llaves de contacto en el coche?

Andando pasito a pasito, llegó al dormitorio de Nick y entreabrió la puerta. Su secuestrador dormía boca arriba, roncando sonoramente, con un brazo fuera del lecho y las yemas de los dedos rozando la botella caída en el suelo y en la que todavía quedaban algunas gotas de licor.

Era un espectáculo repugnante. Se preguntó qué habría sido de ella si hubiera llegado a casarse con aquel hombre.

No quiero ni pensarlo, se dijo, mientras cerraba cuidadosamente.

Muy despacio, bajó al vestíbulo. Cuando ponía los pies en el suelo, una tabla cedió con un chasquido que le pareció el estampido de una pistola. Dada su situación, no pudo evitar la pérdida del equilibrio y cayó al suelo de bruces. Sólo un poderoso esfuerzo de voluntad le impidió lanzar un grito de susto.

Apoyada en ambas manos, hizo un esfuerzo y consiguió incorporarse. Escuchó unos momentos. Todo parecía normal. Los ruidos no habían llegado a despertar a su secuestrador.

Tranquila al respecto, se encaminó hacia la salida posterior. La cadena ya no hacía ruido y se felicitó por su idea. Un minuto más y estaría libre...

El coche se hallaba a pocos pasos de la puerta. Casi lanzó un alarido de júbilo al ver las llaves puestas. Inmediatamente, se sentó tras el volante. Asió la llave con dos dedos y cerró la portezuela. Sólo entonces se dio cuenta del estruendo que acababa de hacer al cerrar de golpe.

—Ya no importa —dijo, mientras percibía el rumor de un motor que funcionaba a la perfección.

Procuró colocar los pies en la mejor posición. Pisó levemente el acelerador y el coche empezó a moverse hacia la próxima esquina.

Giró lentamente. El suelo estaba en malas condiciones e impedía adquirir velocidad demasiado pronto. Pasó a la explanada anterior y enfiló el sendero, justo en el momento en que veía a Nick en la vieja baranda, con una pistola en la mano.

Nick saltó al suelo, aullando como un poseído. Enfurecida, Ingrid le arrojó el coche encima. Su secuestrador tuvo que saltar a un lado para evitar ser atropellado. Luego, ella viró hacia la izquierda y pisó el acelerador a fondo.

Sonaron varias detonaciones. Ingrid se encogió instintivamente. De pronto, notó algo extraño. El coche no respondía como era debido. Bien pronto comprendió que tenía una rueda deshinchada.

Nick, se imaginó fácilmente, había tirado a los neumáticos. Con lágrimas en los ojos, frenó y quitó el contacto.

Apenas lo había hecho, se abrió la portezuela y una mano tiró de ella hacia fuera con indescriptible violencia.

—¡Sal, maldita zorra! —aulló Nick, frenéticamente—. Estúpida ramera, querías fugarte...

Nick había guardado ahora el arma y la zarandeaba terriblemente. Ingrid trató de defenderse. También se sentía furiosa y, sin pensárselo dos veces, abofeteó a su secuestrador.

La cólera de Nick alcanzó límites indescriptibles. En un enloquecido paroxismo de furor, la golpeó despiadadamente, arrojándola al suelo, dolorida y casi sin conocimiento. Luego, inclinándose sobre ella, la agarró por los cabellos y tiró con fuerza.

—Arriba, maldita... —Acompañaba sus órdenes con obscenos calificativos y también algún puntapié en los costados de su prisionera—. Voy a enseñarte a que estés quieta...

Ingrid chillaba de dolor y se debatía espasmódicamente, pero era poco menos que un pelele en manos de Nick. Éste la arrastró literalmente hasta la casa, haciéndola subir las escaleras, mediante órdenes mezcladas con golpes que le prodigaba abundantemente.

—Te mataré... —rugió cuando ya estaban en el dormitorio—. Cuando él venga, lo mataré y luego te llenaré la tripa de plomo...

Ingrid se sentía desalentada. Los golpes, además, le habían privado de toda capacidad de reacción. Las lágrimas mojaban sus mejillas y no opuso la menor resistencia cuando Nick, tras buscar unas cuerdas en otras habitaciones, ató sus muñecas a los barrotes de la cabecera de la cama. De repente, se inclinó sobre ella y, de un manotazo, rasgó la parte superior del vestido, dejando su pecho al descubierto.

—Un espléndido panorama —comentó, sonriendo perversamente—. Esto es algo que yo hubiera podido ver a diario, si nos hubiésemos casado...

La mano de Nick bajó ahora a su falda. Ingrid temió lo peor.

Pero, inexplicablemente, él se enderezó.

—Ahora no tengo tiempo —gruñó—. Resultará mucho mejor cuando haya liquidado a Parry.

Riendo demencialmente, pareció sentirse muy satisfecho de la idea que acababa de convencer.

—Lo traeré aquí, para que lo veas, mientras hago contigo lo que debería hacer con tu aprobación, si hubiese sido tu esposo. Así, el placer será infinitamente más grande...

—Loco, estás loco —gimió ella, tratando de recobrar la

serenidad—. ¿Ya no recuerdas lo que te sucedió? ¿No te contó tu padre lo que había ocurrido cuando tuvo la entrevista con Parry?

—Está viejo. Su cerebro ya no funciona. Es un dinosaurio... como suele decirse, una especie a extinguir —contestó Nick, desdeñosamente.

—Es posible que lo mates. Me matarás a mí también. Pero has olvidado a los amigos de Parry. Son expertos en la lucha; los entrenaron para matar... Te perseguirán hasta el último rincón del planeta...

Nick soltó una carcajada de burla.

—No me echarán el guante —dijo.

Pero en su voz había un matiz de preocupación, advirtió Ingrid. Tal vez ello le haría reflexionar, pensó esperanzadamente por un momento.

Sus ilusiones se dispararon casi en el acto. Nick estaba obsesionado por la idea de la venganza. La llevaría a cabo, aunque fuese lo último que hiciera en su vida.

—Hasta luego, preciosa —se despidió.

Salió de la habitación y fue a la suya. Vio la botella caída en el suelo, la recogió y lanzó una maldición al darse cuenta de que estaba vacía.

Rabiosamente, apuró las últimas gotas y estrelló la botella contra la pared. Tenía ganas de beber; el incidente le había situado en un estado de ansiedad nada agradable. Pero sabía que en la casa no quedaba una gota de alcohol.

—Maldita sea...

Estaba harto ya de aquella situación. Era preciso acabar cuanto antes. La chica tenía razón; eran unos tipos muy astutos, además de implacables.

Por un momento, pensó en abandonar la partida, pero el frenesí de la venganza volvió a imponerse.

—Tengo que matarlo...

La boca estaba seca y el deseo de tomar un trago era más poderoso que cualquier otra cosa. De pronto, tomó una decisión.

—Iré a Fairdale y le diré que venga hoy mismo —se propuso.

Cuando llegaba al coche, lanzó una maldición. La rueda trasera izquierda estaba deshinchada y tendría que cambiarla.

Vomitando imprecaciones, se aplicó a la tarea. No tenía

experiencia y le costó más de lo que hubiera deseado, pero, al fin, pudo arrancar. Fairdale estaba apenas a diez millas. Llegaría en veinte minutos, haría la llamada y... y compraría *whisky*, por supuesto.

\* \* \*

El teléfono sonó bruscamente. Clune pegó un salto en su asiento.

—¿Quién será? —murmuró.

Goohett se acercó al aparato.

—Voy a contestar —dijo.

—Por si acaso, con la voz de Norman —advirtió Clune.

—Descuida —Goohett levantó el teléfono y dijo—: Parry.

—Hola, muchacho —sonó una voz chillona al otro extremo de la línea—. ¿No me reconoces?

—¿Nick?

—El mismo. Oye, cerdo, recuerda que tengo a tu chica. ¿No te gustaría venir a buscarla hoy mismo?

—Dijiste que llamarías mañana, a las nueve...

—He cambiado de idea. Tienes que venir solo, sin avisar a la Policía ni tampoco a tus amigos. Ella morirá si quebrantas mis instrucciones, ¿me has comprendido?

—Sí, perfectamente.

—Bien, entonces, dirígete a Fairdale. Busca la estación de servicio, con un motel, que hay en la salida oeste. Allí te dirán dónde está Three Peaks. La casa es la única de la zona. Cuando llegues a quinientos metros, avanza por el sendero a pie, con las manos separadas del cuerpo. ¿Comprendido?

—Comprendido —repitió Goohett.

—Recuerda, silencio sobre todo o ella morirá.

Sonó un click. Goohett colgó el aparato y miró a su amigo.

—Quiere que vaya ahora —dijo.

—Pero Norman está ya en camino...

—Sin embargo, Nick no lo sabe. Dice que ha cambiado de idea.

—Eso es que se siente nervioso y quiere acabar cuanto antes.

—Sí, seguramente.

—Me gustaría avisar a Norman, pero no podemos... Clune señaló el teléfono.

—Habla con Paul —aconsejó—. Dile lo que sucede. Lou se ha llevado un transmisor de radio y Paul podrá avisarle.

—Es una buena idea —aprobó Goohett, mientras se acercaba nuevamente al teléfono.

## CAPÍTULO XII

Nick regresó a la casa poco antes del mediodía. Dejó el coche en el lugar habitual y luego, abriendo el maletero, extrajo algo envuelto en un trozo de lona.

Con infinita satisfacción, dejó al descubierto el rifle provisto de mira telescópica. Probó el mecanismo de disparo y luego preparó cuidadosamente el cargador de diez cartuchos, examinándolos uno a uno, con el fin de evitar posibles fallos. Luego fue a una de las ventanas de la parte delantera, buscó una silla y, tras sentarse en ella, asomó el cañón del arma, a fin de efectuar unos cuantos ejercicios de puntería.

Al terminar, se sintió satisfecho. No fallaría, se dijo.

—Lo dejaré con el cuerpo como una regadera —murmuró con perversidad.

Luego subió al piso superior.

Ingrid le miró desde la cama. Nick sonreía de un modo espantoso, apreció.

—Antes de que se haga de noche, vendrá él —anunció.

—Pero dijiste que lo llamarías mañana...

—He cambiado de opinión. Quiero acabar cuanto antes.

Ingrid no dijo nada. De pronto, se sintió invadida por un terrible desánimo.

Nick iba a conseguir lo que deseaba. Al quedarse sola, cerró los ojos, pero no pudo evitar que las lágrimas fluyeran de nuevo abundantemente.

No lloraba por sí misma, sino por el hombre a quien amaba y al que ya consideraba muerto.

En la planta baja, Nick sacó la botella que había comprado en Fairdale, la destapó y llenó un vaso. Cuando se disponía a beber,

recordó lo ocurrido la noche pasada.

Desechó la idea de beber. Si lo hacía, podría quedar en inferioridad de condiciones. No conseguiría buena puntería...

Volvió el licor a la botella y la tapó con un par de alegres golpecitos.

—Ya me emborracharé cuando lo haya liquidado —se propuso.

\* \* \*

Parry detuvo el coche bastante antes de salir del bosque y luego se apeó, llevando consigo unos prismáticos. En una funda sobaquera llevaba un revólver de seis tiros, de cañón corto. No necesitaba otra clase de armas.

Al llegar al borde de la espesura, se situó junto al tronco de un árbol y estudió la casa que se hallaba un poco más arriba de la mitad de la ladera. Había todavía algunos árboles, pero no impedían la visión por completo.

El sendero, sin embargo, quedaba casi totalmente al descubierto. Nick estaría vigilando, sin duda, para evitar alguna visita inoportuna. Lo vería, apenas abandonase la protección del bosque.

Retrocedió y, a pie, trotó describiendo un gran semicírculo que lo llevó media hora más tarde a situarse en la base opuesta del cerro. A un par de millas, las siluetas de los tres picos montañosos, casi exactamente iguales, destacaban con singular nitidez contra un cielo sin nubes.

La pendiente era muy empinada, pero se las había visto con terrenos mucho peores. Además, se había equipado adecuadamente, con botas recias, cómodas y de suela adherente a las irregularidades del suelo, junto con una holgada cazadora y pantalones de tela sólida.

Abundaban las piedras salientes y también algunos arbustos. Un cuarto de hora más tarde, asomó por el borde superior.

Precavidamente, exploró la pequeña planicie con la mirada. Detrás de la casa había un coche. El lugar aparecía silencioso. La casa constaba de planta baja y un piso. Se preguntó dónde podría hallarse Ingrid.

Era preciso averiguarlo. Saltó a la explanada y corrió hacia el automóvil. Las llaves estaban puestas y las quitó, para guardarlas en

un bolsillo. Podía necesitar el coche en un momento dado.

Luego se acercó a la casa. Había una puerta cercana y la abrió con gran cuidado. Daba a un pasillo, al final del cual se divisaba una escalera.

El suelo, advirtió, era de tablas y estaban muy viejas. Antes de asentar un pie, probaba con objeto de evitar ruidos delatores. Le pareció que tardaba una eternidad cuando alcanzó la escalera, para empezar inmediatamente la ascensión al primer piso.

Al llegar al corredor superior, vio varias puertas. Dos estaban desvencijadas, a punto de soltarse de sus bisagras. Ingrid, calculó, no podía hallarse en alguna de aquellas habitaciones.

Abrió una puerta en buen estado y vio un dormitorio desordenado, con colillas por el suelo.

Al divisar los trozos de la botella rota, comprendió lo sucedido y se sintió acometido por un acceso de furia.

—El muy estúpido... Pudo haber pegado fuego a la casa...

Abandonó la estancia y pasó a la siguiente. Después de abrir, vio a Ingrid atada por las muñecas a la cama y con los tobillos ligados por lo que parecía un trozo de sábana.

Los ojos de la muchacha se dilataron.

—Norman...

—No hagas ruido —recomendó él.

Cruzó la puerta, se acercó a la cama y, con una navaja, cortó las ligaduras de las manos. Luego se dispuso a hacer lo mismo con la sábana, pero Ingrid le dijo que era inútil.

—La tela cubre una cadena —manifestó—. Lo hice para evitar ruidos, cuando intenté escaparme. Pero fracasé...

Parry se inclinó hacia ella y la besó suavemente en los labios.

—No importa. Yo estoy aquí, eso es lo que realmente interesa. ¿Puedes caminar?

—Sí, aunque con dificultad, Norman.

—Bueno, te llevaré en brazos. Cuando estemos lejos de la casa, cortaré la cadena a tiros. Aunque... ¿tiene él la llave?

—Vi que se la guardaba en un bolsillo, pero no sé dónde está ahora.

—No te preocupes. Lo importante es que no se saldrá con la suya.

Parry levantó en brazos a la joven y se encaminó hacia la puerta.

Cruzó el umbral y, en el mismo instante, oyó un chillido de espanto proferido por Ingrid.

Antes de que pudiera percatarse de lo que sucedía, percibió un tremendo dolor en el lado derecho de la cabeza. Todo le dio vueltas instantáneamente y sus brazos perdieron la fuerza en el acto.

Ingrid cayó al suelo y volvió a gritar. Las rodillas del joven se doblaron. Instintivamente, apoyó las manos en la tablazón del pavimento. No había perdido del todo el conocimiento, pero se sentía tan débil como un recién nacido. Por encima de su cabeza, oyó una sarcástica carcajada.

—Vuelve a tu habitación —percibió la chillona voz de Nick Ferman, que se dirigía a la joven.

\* \* \*

Abrumada, completamente desmoralizada, Ingrid se sentó en la cama. Nick, a puntapiés aplicados despiadadamente, empujó a Parry hacia el dormitorio. El joven, impotente para actuar, se arrastró como pudo y quedó en el suelo, encogido, sintiendo todavía unos terribles zumbidos en el interior de su cráneo.

Nick se inclinó sobre él y le quitó el revólver, que tiró a un lado. Luego salió, para volver a los pocos momentos, con una jarra de agua, cuyo contenido derramó sobre la cabeza de Parry.

Ingrid, sentada en la cama, miraba a Nick a través del velo de humedad que cubría sus ojos. Adivinaba las intenciones del sujeto. Quería que Parry reaccionase, para saber que iba a morir a sus manos.

Al cabo de unos minutos, Parry se sentó en el suelo. Cogió la cabeza con las dos manos y trató de volver a la realidad.

—Ingrid...

—Estoy aquí, querido —contestó ella.

—He fracasado. Supongo que Nick me ha atrapado.

—Dice bien, Norman —manifestó el aludido—. Le he pillado con las manos en la masa. Una masa muy apetitosa, todo hay que decirlo.

Haciendo un esfuerzo, consiguió levantar la mirada. Nick estaba parado cerca de la pared, junto a una ventana entreabierta, cuyas cortinas, semipodridas, se agitaban a impulsos de una suave

corriente de aire.

Nick tenía en la mano una pesada automática. La sonrisa que aparecía en sus labios expresaba claramente la satisfacción del triunfo.

—Parece que he cometido una imprudencia —confesó Parry—. ¿Cómo supo que había llegado?

—No me enteré. Vine a traerle un poco de café a su chica y percibí voces desde el pasillo. Como la había dejado sola, me resultó fácil deducir quién era su acompañante. —Una desgraciada casualidad. O afortunada, según el afectado —continuó Nick. De pronto, lanzó una exclamación—: Oiga, pero yo he estado hablando con usted hace poco más de una hora... No es posible que haya llegado tan pronto desde Holbertown... —Tengo un amigo que sabe imitar muy bien las voces de otras personas— explicó Parry. —Ah, me han engañado. Querían distraerme, mientras usted me sorprendía... Eso no es jugar limpio, Norman Parry.

—¿Acaso lo que haces tú es legal?

Nick se inclinó hacia delante.

—Pasé un miedo horrible durante aquellos días en el sótano. Entonces, juré vengarme y eso es lo que voy a hacer, ¿me oye?

—Vas a pegarme un tiro —anticipó Parry serenamente—. Me llevarás fuera apretarás el gatillo...

—No, lo haré aquí.

Sobrevino un momento de silencio. Desesperada, Ingrid empezó a pensar en la posibilidad de saltar sobre Nick. Podría resultar herida, pero si le distraía unos momentos, Norman, tal vez, mucho más fuerte, podría derrotarle.

Los grilletes le impedían correr. Pero podía saltar con los pies juntos. «Y la cabeza baja», pensó, mientras tomaba aire, disponiéndose a poner su idea en práctica.

—¿Vas a matarme aquí? —preguntó Parry—. ¿Delante de ella?

—Quiero que te vea muerto... quiero que te contemple mientras yo hago lo que no pude hacer, porque me dejó plantado el día de la boda...

Parry se horrorizó al comprender las intenciones de aquel demente. Estaba loco, loco de atar, pensó.

—A su padre no le gustará, cuando lo sepa —advirtió Ingrid, buscando distraer la atención de aquel enloquecido sujeto.

—¡Mi padre puede irse al infierno! Haré lo que me parezca, tanto si le gusta como si no —barbotó Nick.

—Tu padre ya está en el infierno —reveló Parry serenamente. Nick respingó.

—¡Eh! ¿Qué cuento es éste? ¿Quieres decir que ha muerto?

—Sí —contestó Norman.

—No te creo...

Parry se encogió de hombros.

—¿Es que no tienes una radio? ¿No has escuchado las noticias?

El labio inferior de Nick tembló convulsivamente.

—No, eso no es posible... —Presentía que Parry le decía la verdad y la noticia, lejos de alegrarle, le anonadaba—. ¡Lo mataste tú! —chilló descompuestamente.

—No. Lo diría si fuese cierto. No lo maté yo.

—Pero, entonces, ¿quién diablos...?

—Baynes. ¿No sabías que tenía a tu padre en un puño? ¿De quién crees que partió la idea de extorsionar a las gentes de Holbertown?

—Baynes —repitió Nick a media voz—. ¿Cómo es posible que ese individuo...?

—Hace diez años, tu padre mató al jefe de Policía de Holbertown. Baynes filmó la escena, porque sabía que uno de los dos acabaría muerto en la entrevista que tuvieron aquel día.

—Entonces, le hacía chantaje.

—Sólo cuando tu padre se negó a seguir adelante, después de devolver el dinero que nos había quitado. Entonces vino a soltarme, porque yo me había dejado atrapar por Baynes. Al escapar, Baynes disparó contra tu padre. Yo hice fuego también y lo maté.

Hubo un momento de silencio. Luego, Parry añadió:

—Tu padre sobrevivió unos minutos, lo justo para indicarme el lugar donde suponía tenías prisionera a Ingrid. Y si no me crees, ¿por qué no piensas en que he llegado antes de lo que calculabas?

Los ojos de Nick rodaron unos instantes en sus órbitas. Súbitamente lanzó una estentórea carcajada.

—Mi padre muerto... Ahora soy yo su heredero... Y tendré a Holbertown bajo mi bota...

Levantó la pistola.

—La conversación se ha acabado —dijo en voz baja.

En el mismo instante, el cuerpo de Nick sufrió una terrible sacudida.

Ingrid estaba casi frente a él y pudo ver la horrible explosión que se producía en su pecho. Trozos de tela de la camisa y de la chaqueta saltaron por los aires, junto con un chorro de líquido rojo, que se esparció en veloces gotas hacia delante. Los ojos de Nick se abrieron desmesuradamente, lo mismo que su boca, en una mueca de indescriptible sorpresa.

La mano armada se agitó convulsivamente. Parry rodó a un lado, para evitar las consecuencias de un disparo involuntario. Presentía lo ocurrido.

Nick estuvo todavía unos momentos en pie. Luego se venció hacia delante y cayó de bruces, sin doblar siquiera las rodillas. Su cuerpo se estrelló contra las tablas del suelo y sus pies se movieron un poco. Pero no tardó en quedarse inmóvil.

Parry se levantó y, al acercarse al caído, vio en la espalda un pequeño orificio, del que brotaba la sangre mansamente. Luego miró hacia la ventana.

Fuera, en la copa de un árbol, se oyó una voz:

—¡Norman!

Parry sonrió levemente.

—Estamos bien —dijo—. Gracias, Lou.

—De nada. Ha sido un placer, te lo aseguro —contestó Lahann.

Entonces, Parry se volvió hacia Ingrid y la abrazó estrechamente.

Ella rompió a llorar. Parry la estrechó contra su pecho, a la vez que le daba unas afectuosas palmaditas.

—Todo ha pasado ya... No hay motivo para sentir temor...

Ella hipó varias veces. Luego susurró:

—Nunca creí salir con vida de aquí, Norman.

—Era lógico que pensaras de ese modo, querida. Pero aguarda un momento, por favor.

Parry soltó a la joven y se inclinó sobre el cadáver de Nick. Encontró la llave de los grilletes y se arrodilló frente a Ingrid.

Momentos después, salían a la veranda.

Lahann se acercaba, con el fusil de caza en las manos. Sonrió al verles con los brazos en la cintura de la respectiva pareja.

—Celebro que se encuentren bien —dijo.

—Nunca se lo agradeceré bastante, Lou —sonrió Ingrid.

—Bah, no tiene importancia... —Lahann miró al joven—. Los muchachos me encargaron que te siguiera —explicó.

—Llegaste muy a tiempo —elogió Parry.

—Sí. Era un blanco perfecto.

Callaron unos momentos. Luego, Lahann agitó una mano.

—Tengo una radio en el coche. Avisaré a Paul —indicó.

—Ah, Lou... Pronto habrá una boda —anunció Parry—. Todos vosotros estáis invitados. Lahann miró sucesivamente a los dos jóvenes y sonrió.

—Cuídelo bien, Ingrid. Es un chico que vale mucho —se despidió.

Ella levantó los ojos hacia el rostro de Parry.

—Es un consejo que pienso seguir toda mi vida —dijo.

FIN



LUIS  
GARCÍA  
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.